

La Ilustración Artística

AÑO XXVIII

BARCELONA 30 DE AGOSTO DE 1909

NÚM. 1.444

REGALO A LOS SEÑORES SUBSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA HORA DEL DESCANSO.—NARCISO Y LA NINFA ECO, cuadros de José Garnelo

SUMARIO

Texto.— *La vida contemporánea*, por la condesa de Pardo Bazán. — *El alma trágica del clown*, por Alejandro Sawa. — *Los incendios de la América del Norte*. — *Los cuadros de José Garnelo*. — *Un mercado en Roma*. — *Monumento conmemorativo de la Exposición Franco-española*. — *Regreso del Congo del príncipe Alberto de Bélgica*. — *Un accidente del globo dirigible alemán «Parceval III.»* — *La campaña de Melilla*. — *Berlín. Derrumbamiento de una torre de hierro*. — *París. El sindicato de los coreógrafos*. — *Un batallón de alpinos italianos en el ventisquero de Ruitor*. — *El archivo de Guibray*, novela ilustrada (continuación). — *La gran semana de la aviación en Champaña*. — *París. Calda del globo dirigible francés «Clement-Bayard» en el Sena*. — *La desaparición del Observatorio Janssen del Mont Blanc*.

Grabados.— *La hora del descanso*. — *Narciso y la ninfa Eco*. — *Retrato de la señora marquesa de Ayebe*, cuadros de José Garnelo. — Dibujo de Mas y Fondevila que ilustra el artículo *El alma trágica del clown*. — *Un mercado en Roma*, cuadro de Ventura Alvarez Sala. — *Monumento conmemorativo de la Exposición Franco-española*, obra de Miguel y Luciano Oslé. — *Regreso del Congo del príncipe Alberto de Bélgica*. — *Accidente ocurrido al «Parceval III.»* — *La campaña de Melilla*. — *Jóvenes romanos sembrando flores el camino por donde pasa el emperador Caracalla*, cuadro de Alma Tadema. — *Berlín. Derrumbamiento de una torre de hierro*. — *Mad. Goshel*. — *Batallón de alpinos italianos*. — *La gran semana de la aviación en Champaña*. — *París. Calda del «Clement-Bayard» en el Sena*. — *Desaparición del Observatorio Janssen*.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Por primera vez de mi vida, no sé en qué tono empezar una crónica. Escribiendo para Barcelona y después de lo que en ella acaba de suceder, me asalta la duda; ¿debo referirme en primer término a la impresión causada por tantos atroces testimonios de lo que es la humanidad sin freno, ó más bien volver la vista con el *sdegno* doloroso del florentino en los círculos del Infierno, y murmurar una vez más el *Non ragionam di lor, ma guarda e passa?*

Creo que esto será lo mejor, al menos mientras humean las cenizas y negrean las desplomadas paredes. Apartémonos de esa visión macabra, y recordemos otras recientes...

Es en Santiago de Compostela, pueblo joya, pueblo relicario, en que persiste la imagen del pasado con la misma viveza que si fuese presente; pueblo donde las piedras tienen voz, y donde los edificios nuevos horripilan como una profanación y una incongruencia. Los forasteros y extranjeros inteligentes que atrajeron las fiestas del Año Santo, se lamentaban de ver casas de nuevo cuño, calles que intentan ponerse en fila como soldados bien instruidos, y soportales altos, de estilo comercial, porque la fealdad prosaica de la vida actual se les aparecía de realce al contrastar con la belleza de lo que fué, con su señorío reposado y aristocrático. Yo me acordaba de aquella botella de tinta arrojada en Salamanca á un edificio color de rosa y con decorado modernista, y sentía impulsos de adquirir varios barriles de ese líquido insidioso que las máquinas y los lápices de anilina van haciendo innecesario, pero que aún puede servir para ejecutar un acto de justicia. Me hubiese encantado embadurnar todo lo que en Santiago se ha construido desde hace treinta años, á ver si así caen los ediles en la cuenta de que *no hay derecho*.

Es en Santiago de Compostela... Me detengo ante la vieja casa ruinosa de la Inquisición, de la inofensiva Inquisición gallega que fué amonestada por la de Madrid por su lenidad. La casa es un magnífico palacio que tiene un gran huerto descuidado y fértil. Su aire es noble, con esa nobleza sin romanticismo, un poco apelmazada, de los siglos XVII y XVIII. Allí, según dicen, se va á alzar un hotel contemporáneo. Esto es más horrible que todos los suplicios que la Inquisición inventase, si es que inventó alguno.

Es en Santiago de Compostela, frente á la fachada «de Platerías.» Acaba de hacerse al rey una ovación entusiasta. Los estudiantes no se cansan de aclamar á aquel mozo de su edad, que llega un poco empalidecido por el viaje, y quién sabe si por las noticias que ya corren, noticias malas para nosotros. ¡Han matado á Ibañez Marín! Las señoras, con ese calor que procede de la simpatía por la juventud, agitan los pañuelos, doloridas por no poder arrojar flores. La flor, ¡ay!, ha sido proscrita desde que sirvió de envoltura al crimen, en un ramillete...

Y al otro día, era en la catedral, en la esplendorosa catedral románica, donde, entre la nube aromosa del incienso, volaba el Botafumeiro, como enorme ave de plata, de nave á nave, hasta que, á poco, hubo de notarse que lo habían encendido con astillas, que la cuerda amenazaba arder, y aquella masa, de peso formidable, caer sobre el gentío que se agolpaba, ansioso de presenciar la ceremonia de la Ofrenda. Hay que interrumpir el majestuoso vuelo del colosal incensario, la mayor atracción de la fiesta después del rey. Porque el monarca va á hacer la Ofrenda él mismo, después de tantos años como la hace un gobernador más ó menos elocuente...

La Ofrenda de Santiago es una institución tradicional, cuyo origen viene del famoso y discutidísimo privilegio de D. Ramiro I, después de la batalla de Clavijo. La historia dice que habiéndose negado Ramiro I á pagar el célebre tributo de las Cien doncellas, rendido á los moros por Mauregato, tuvo que luchar con los sarracenos en Albelda, y retirándose al collado de Clavijo, se sintió triste hasta la muerte, porque los auspicios no le eran favorables y temía la derrota. Y habiendo orado y hasta llorado mucho el rey en aquella vigilia, se le apareció en sueños el Apóstol Santiago—el Apóstol por antonomasia—y le cogió de la mano, comunicándole alegría y fortaleza, y prometiéndole que al día siguiente, desde lo alto, descendería al campo de batalla, en caballo blanco, con blanca enseña, con espada flamígera. Ramiro lo comunicó á su ejército, y al otro día, en la campal jornada, fué visto en los aires, entre relámpagos luminosos, el corcel de nieve, sembrando la cobardía del espanto entre la morisma. «Murieron—dice la crónica—setenta mil moros; fueron tomados Calahorra y otros castillos, y se ofreció al beato Jacobo, á título de primicias, una medida de grano y otra de vino por cada yunta de bueyes en lo conquistado y en lo que se conquistase de los agarenos, como también, para siempre, una porción de soldado en los que se tomase en las expediciones contra ellos.»

La autenticidad del privilegio, la realidad de la batalla de Clavijo, fueron asunto de disputa entre eruditos é historiadores; un canónigo gallego llegó al extremo de pretender que no es en la iglesia de Santiago, sino en la de Lugo, donde la Ofrenda debiera rendirse. Sea como fuere, que esta es cuestión enrevesada, la tradición ha prevalecido; la Iglesia, desde Calixto II, tiene aprobado el rezo de la aparición del Apóstol en la batalla de Clavijo, y la Ofrenda, desde tiempo inmemorial, se celebra ante esta hermosa imagen bizantina, envuelta en chapas de plata repujada, que millares de devotos suben á abrazar. Y los que vivimos enamorados de la encantadora leyenda, creemos firmemente que el Hijo del Trueno, como divina Valkiria, voló sobre la matanza de Clavijo, como no pudo menos de volar sobre el valle de Otumba, donde los españoles, debiendo según la razón fenecer todos y dejar por señal sus huesos y por trofeo sus corazones, ganaron una victoria de las que parecen soñadas.

Hoy, las medidas de grano y vino se han convertido en unas siete mil y pico de pesetas, y en un discurso que arrodillado pronuncia el monarca ó quien le represente, ante el altar deslumbrante del Apóstol, todo sombríos dorados y platos oscuros. Pero la ceremonia es bellísima: en el extranjero, á contemplarla acudirían forasteros á miles y se llenarían trenes. Yo he conseguido verla desde una tribuna, la que comunica con el palacio arzobispal. Nada más estético que los trajes granate y amaranto de los obispos, contrastando con la blancura de los mantos de los Caballeros de Santiago, de sus birretes de hechura doctoral. La tradición, al presentarse ante nuestros ojos, se revestía de los esplendores de su admirable ocaso, y el místico albor de aquellas vestiduras que recordaban la del Apóstol, se encendía con el brazo de sangre de las cruces, con el reflejo de las púrpuras cardenalcias. El rey parecía un paladín de misal, con la prolongación grácil, esbeltísima, de su figura, que exageraba la desplegada cauda de su manto.

La cera y el incienso tenían emanaciones penetrantes, y en cambio el olor del gentío apiñado detrás de las rejas, esperando el instante en que se formase la procesión y pudiesen ver al rey y á los lucidos caballeros, no nos llegaba. Veíamos al gentío apretarse, empujarse por ganar ó conservar puesto, ondular en mareas agitadas, que arrancaban á las aldeanas gritos y exclamaciones en dialecto; pero era como el fondo, y fondo el más adecuado, de aquella escena medioeval; el hervidero de cabezas, contenido por la verja, realizaba el bien ordenado desahogo del presbiterio, donde el ceremonial se cumplía reverenciosamente. Los caballeros más jóvenes, los últimos en el Capítulo, prendían el manto en los hombros del rey ó le desceñían la espada; un acólito presentaba la inmensa concha de plata, donde depositaba cada santiaguista su ofrenda especial, la moneda, que caía con choque argentino; ya se arrodillaban, ya hacían profunda reverencia, ya besaban el anillo del cardenal, ya volvían á sentarse en los bancos, con ligero ruido de espuelas y espadas y crujir de altas botas. Y lo solemne llegaba á su colmo cuando el rey, postrado ante el altar, dirigía la palabra á la imagen, en cuyo semblante inmóvil parecía asomar un reflejo de vida, un pensamiento de inmortalidad, un amor inalterable á la raza ibérica, su protegida, la que le había invocado en los combates...

¿Medioeval esta ceremonia? ¡Bah! Todo vuelve, y

en España, como dijo Núñez de Arce, sólo están vivos los muertos. Santiago, Hijo del Trueno, tendrá que enjaezar otra vez su bridón de nieve; tendrá que desenvainar su espada de luz; tendrá que cruzar, como un rayo, por el aire encendido, sobre el ardiente campo de batalla. Santiago, que es el espíritu de la raza, su genio, vendrá nuevamente hacia nosotros, con nosotros pasará el mar, y detendrá su montura en la cumbre de la sierra donde se ha hecho fuerte el moro, el enemigo de los ocho siglos de pelea...

La preocupación que se nota en las caras de los personajes que acompañan al rey, no es vana. No se explica sólo por la fatiga del viaje y el calor de los días estivales—nunca excesivo en esta región,—esa imperceptible nube de contrariedad que se extiende por la frente y ese pliegue serio de la boca... Lo de la guerra, que empezó por una agresión aislada, sin importancia en el primer momento, va caracterizándose: es una cuestión grave, es la tranquilidad de que el país empezaba á disfrutar perdida, es el terrible peso de sostener una guerra fuera de España, en un suelo donde el adversario es nómada, y necesita buscarse en las montañas que domina y conoce. Son mil problemas que surgen de pronto ante el hombre de Estado y el patriota sincero que es don Antonio Maura, y á pesar de su energía tranquila, hay no sé qué en su faz que descubre la ansiedad profunda de los primeros momentos del conflicto. Y se comprende, se adivina que no ve la hora de marcharse, de terminar este viaje ya emprendido, pero que coincide con tan capitales sucesos. Es una angustia pasajera: dentro de una hora habrá recobrado el dominio de los nervios, y sólo pensará en la manera de atender á cuanto se viene encima...

Entre el estrépito de las músicas y el clamoreo de las campanas ha sonado como fúnebre elegía la noticia de la muerte de Ibañez Marín, apenas ha puesto el pie en el suelo africano. Y el pensamiento se me va hacia esa tierra de Marruecos, donde ni una hoja de chumbera hubiese debido crecer sin permiso de España. Aunque nuestra guerra sea con el Riff y todavía no se hayan borrado las huellas de las zapatillas de los embajadores marroquíes en el polvo de las aceras madrileñas, yo juraría que tan bien nos quieren en Tetuán como en Zeluán... Es curiosa la unión que para renegar del perro cristiano existe entre los moradores de ese Imperio, que tienen realmente muy poca unidad de raza, pues son una mezcla de bereberes, moros, árabes, negros, hebreos, bohemios y sirios. La piel de los marroquíes recorre toda la escala, del negro lustroso al blanco caucásico; pero, nos dicen los geógrafos y viajeros, son hermanos en cuanto ladrones, fanáticos, astutos, opresores de la mujer y crueles con los inferiores. La evolución de ese Imperio no se ha parado y fijado en las épocas florecientes de los almohades; no presenta los caracteres de cultura que pudieron alabarse en los moros españoles. Marruecos, no sólo no ha progresado, sino que ha retrocedido. Si no está destinada España á civilizar ese Imperio, otra nación de Europa lo hará; pero creo imposible que se mantenga en pie en su actual barbarie y en su anarquía política interior. Hace años, hablando de estas cuestiones, decíame un franciscano: «Lo único posible en Marruecos es sujetarles. De convencerles no hay medio; de enseñarles, tampoco; de inculcarles la tolerancia cuando no les conviene aparentarla por disimulo, menos. Son ladinos y son rudos; son callados y no se admiran de nada, á fuer de salvajes; yo creo que ni con ventajas que se les ofreciesen se lograría moverles una línea. No podemos influir en ellos, porque nos desprecian más aún de lo que nos odian, quiero decir, desprecian á todo lo que lleva el nombre de cristiano. Son temibles por esto mismo: por su bravía robustez de cuerpo y de alma. Y en caso de guerra, dudo que pueda existir gente más temible. Ríase usted de los que les llaman cobardes. No tienen más pasión que las armas, y es lo único en que conservan algo del arte que en otro tiempo cultivaron. Por un buen fusil darían el alma. Y nosotros, como somos más sencillos y mejores que ellos, no podemos menos de encontrar simpáticos á esos aborrecedores nuestros, y dale con que son pintorescos, y vuelta con que se nos parecen... En España hay mucha morería bautizada, no lo niego; pero todavía hay clases, y crea usted que esa gente está cada día más bruta y más aferrada á su superstición.»

Me acordaba, sí, de los moros, mientras la larga cola de los santiaguistas barría el suelo alfombrado de la capilla mayor... Pero no presentía que, pocos días después, uno de esos santiaguistas, el más joven, el mío, saldría hacia el Africa, voluntariamente, atraído quizás por la misteriosa voz de Santiago, que todavía es nuestro numen... Y he aquí la realidad de lo que parecía elegante escenario de ópera.

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

EL ALMA TRAGICA DEL CLOWN, POR ALEJANDRO SAWA. Dibujo de Mas y Fondevila



... para comprar á mi niño todos los días... las más hermosas flores

El bar del *Dragón de fuego*, en Thompson street, es un lugar harto conocido en Londres, donde se da cita, á las horas de tregua comprendidas entre dos ensayos ó dos representaciones, la garrida legión de atletas y titiriteros, *clowns* y *ecuyers* que actúan durante los doce meses del año en los circos y *music hall* de las inmediaciones.

Yo lo frecuenté mucho, y tan familiar concluí por hacerme en él, mejor por curiosidad de las cosas humanas que por afición al *ale*, que llegué á tener mi buena pipa de cerezo salvaje colocada con su correspondiente contraseña en el *râtelier* del establecimiento, y hasta no sería extraño que aún conservasen—¡oh, no pretendo que como reliquia, ni siquiera como recuerdo!—mi panzudo bock de estaño labrado en el que tantas veces, por horror de las nieblas londinenses que me envolvían como un sudario, he creído, al libar la última gota de la cebada y el lupulo fermentados, ver aparecer todo el cielo y todo el suelo de la generosa vega jerezana.

Allí conocí al protagonista de este cuento, que no es un cuento, sino una historia verdadera de *verdad*, como dicen con inquietante pleonismo los niños, Jack O'Meara, irlandés de nacimiento, como todo el mundo sabe, celta, por consiguiente, de origen, católico de religión, poeta de temperamento y *clown* de oficio.

Jack O'Meara, cuyo fin reciente todos mis lectores recordarán con espanto, ganaba un dineral en sus combates diarios con la muerte.

Vivir contra la vida es lo que él hacía y de lo que él vivía, porque negar todas las noches, prácticamente, con su cuerpo, desde la pista ó las alturas del circo, con cabriolas y saltos más propios de países de pesadilla que de realidad, las leyes fundamentales del equilibrio y de la estática, es, salvo superiores eufemismos, una tarea de desesperado y aun

me extremaré á decir que de suicida; de modo que al estrechar todas las noches en el bar del *Dragón de fuego* su mano cuadrada de vertiginoso acróbata, la idea del morir me asaltaba imperativamente, y muchas veces creí tener entre mis manos—aún me dura el frío cuando lo pienso,—mejor que los dedos de un hombre vivo, las falanges de un esqueleto.

Al revés de la gran mayoría de sus congéneres, no era locuaz, aunque observándole con cuidado podía advertirse que debía hablar mucho para sí, interiormente. Eso no obstante, un día, al conocer mi nacionalidad, me habló de España durante más de media hora, con melopeas de enamorado en la voz, y cierta vez, que no olvidaré nunca, al saber que, como otros á los Museos, yo iba con asaz frecuencia á las alamedas de Hyde-Park para admirar á los *babys* ingleses, las más encantadoras criaturas de la tierra, acudieron lobregueces de luto á sus ojos, y con voz que titilaba al principio y que al afirmarse luego en la narración llegó á hacerse dura y á sonar con el fonetismo seco del pico de hierro que muerde en la piedra para desvastarla, exclamó:

—¡Oh, si hubiera usted conocido á mi Peddy! Yo también... Pero dígame usted; voy á contárselo todo: hoy es un día, aniversario, un mal día, un triste día, y lo voy á conmemorar hablando con un extranjero que, después de haberme escuchado, será con seguridad mi amigo...

»Soy un juglar, ¿no es así como se dice?, un saltimbanquis, algo que está por encima del mono—¡convenido!,—pero que está por debajo del histrión también, un *clown* de circo, en fin; pero tal como usted me ve, yo le juro que no había nacido para semejante cosa. Una mujer..., pero vamos por partes..., no me entendería usted..., ¡claro!

»Mi padre fué eso que se llama un hombre normal, quiero decir, un señor que vivía como todo el

mundo, y mi madre, eso también, una señora de su casa; yo estudié para marino por amor de la aventura y de los grandes horizontes, y en mi primer viaje á Calcuta, en un brik del armador Anderseen, Dios, cuya voluntad acato, me hirió de amor en el corazón y en los sesos, haciendo que me prendara como un desdichado de la más mala hembra mortal que han visto los nacidos...»

Hubo electricidades contrarias en su mirada; yo quise interrumpirle, pero él continuó:

—De la más mala hembra mortal que han visto los nacidos. Sin padre ni madre, porque cuando se ven monstruos da ganas de creer en la generación espontánea—¿no le pasa á usted lo mismo?,—hija á lo más de la cicuta y del beleño; de la cicuta porque mata y del beleño porque adormece... Volví á Londres con ella, ya casados, y á qué referirle á usted las peripecias tristísimas de mi vida conyugal, si yo no me he propuesto contarle á usted el argumento de un drama? Dios que me la dió me libró de ella, dejándome en su misericordia un hijo, un niño, un querubín del cielo, que ha sido, que fué para mí aire y pan, y sol, y soles, que ha sido para mí los cuatro puntos cardina-

les de la vida, que ha sido para mí..., ¿qué sé yo, ni cómo podría tampoco expresarlo? Ya ve usted—añadió después de una pausa, durante la cual su confesión de condenado adquirió mayor relieve por la ausencia de palabras,—aquí no llevo la librea de locura que dentro de media hora me ceñiré, rechinando los dientes de rabia, pero usted sabe con quién trata. ¿Y sabe usted por quién me afano, por quién luchó, por quién expongo veinte veces mi vida todas las noches, diez mil veces todos los años, por quién he llegado á ser el más admirable *clown* de todos los circos del mundo, por quién, por quién? Pues por Peddy, por mi querido muerto. Río, ¿cómo?, á carcajadas; soy un manantial inagotable de risa que inunda de franca hilaridad á la gente, y no saben que es para comprar á mi niño todos los días, sin faltar uno, á mi niño mío, porque muerto es más mío que nunca, las más hermosas flores y las más suntuosas coronas que encuentro en los bazares; y doy el triple salto mortal de trapecio á trapecio todas las noches para hacerle construir á mi emperadorcito, á mi reyecito, á mi Niño-Dios, un mausoleo grande—¡para él, que era tan pequeñito!,—un mausoleo digno de la antigüedad. Y cuando haya reunido bastante dinero para eso, ¡que pierdan cuidado los otros titiriteros del mundo!, el *clown* O'Meara firmará una contrata obligándose á dar el triple salto sin red que lo preserve de la muerte en el caso de un accidente, y el *clown* O'Meara se dejará caer verticalmente, en la más gloriosa noche de su vida, *ex professo*, rezando á su niño, invocando la almita blanca de mi Peddy desde lo alto del trapecio y ofreciéndome entonces—¡oh, por una vez loco de verdad, pero loco de júbilo!,—ante la mirada atónita de la muchedumbre.»

LOS INCENDIOS

EN LA AMÉRICA DEL NORTE

Los Estados Unidos son el país del mundo en que más frecuentes son los incendios; así lo demuestran los datos que recientemente ha publicado una excelente revista del Oeste americano, la *Pacific Monthly* de Portland (Oregón).

Según estos datos, los incendios de edificios é inmuebles (no comprendidos los incendios de bosques) equivalen, en toda la extensión de la república, á una pérdida mensual de 95 millones de pesetas en el año 1908. En enero de dicho año, mes en el cual no ocurrieron, sin embargo, grandes conflagraciones, el balance de incendios se elevó á 120 millones de pesetas, al paso que la construcción ó reparación de casas sólo representaba 80 millones.

Durante el año 1907, las construcciones devoradas por las llamas tenían un valor total de 1.075 millones, y añadiendo á esta cifra lo que anualmente cuestan los sueldos de los bomberos, la compra y conservación de material, etc., es decir, 1.500 millones, y las primas que anualmente se satisfacen á las compañías de seguros y que importan 975 millones, resulta que los norteamericanos pagan al terrible azote un tributo de cerca de 3.000 millones. Ahora bien, el año en que más construcciones nuevas se han edificado, el valor de éstas ha sido de 3.075 millones.

Durante los cinco años últimos, los daños causados por el fuego han sido calculados en 6.288.580.000 pesetas, lo que significa que cada habitante ha pagado al incendio una contribución de 1'50 pesetas, mientras que al europeo no corresponden por este concepto más que 1'65, y en Italia sólo 0'60.

La estadística de donde tomamos estas cifras añade que en los Estados Unidos 36.000 personas se hallan expuestas diariamente á perder la vida ó á sufrir heridas á consecuencia de incendios.

El fuego destruye allí por término medio cada se-

mana tres teatros, tres salas de conciertos, doce iglesias, diez escuelas, dos hospitales, dos colegios, seis casas de alquiler, veintiséis hoteles, tres grandes almacenes, 140 casas obreras y 1.600 villas y chalets.



Retrato de la señora marquesa de Ayerbe, obra de José Garnelo

LOS CUADROS DE JOSÉ GARNELO

A la galantería y buena amistad del notable pintor José Garnelo debemos la ocasión de reproducir en estas páginas algunas de sus últimas obras. La importancia de la labor realizada por el artista demuestra cuán acertada fué su resolución de trocar el cultivo de las letras por el de la pintura, que había empezado con singular aprovechamiento. Garnelo pertenece á la clase de los escogidos, puesto que á ella había de llegar por su temperamento é indiscutibles cualidades. El número y variedad de sus producciones han de estimarse como otras manifestaciones de su talento y maestría. Por eso decía muy acertadamente un inteligente crítico, el señor Comas, «que es de la madera de los buenos pintores y de los pocos de quienes se puede augurar de antemano que llegarán á ser verdaderos maestros.»

Véanse sus cuadros titulados *La hora del descanso*, hermoso estudio ruralista de la región andaluza; *Narciso y la ninfa Eco*, delicada y mitológica concepción, y el notabilísimo retrato de la señora marquesa de Ayerbe, y podrán apreciarse las condiciones del artista, que ni decae ni vacila, antes al contrario, afirma el concepto y la consideración que de todos merece.

UN MERCADO EN ROMA

CUADRO DE VENTURA ÁLVAREZ SALA

Ventajosamente conocido es el nombre del Sr. Alvarez Sala. Sus obras tituladas *Los emigrantes*, *Todo á babor*, *La promesa*, *Un chubasco en la romería*, etc., algunas de las cuales han sido premiadas en públicos certámenes, acreditan sus aptitudes y evidencian sus

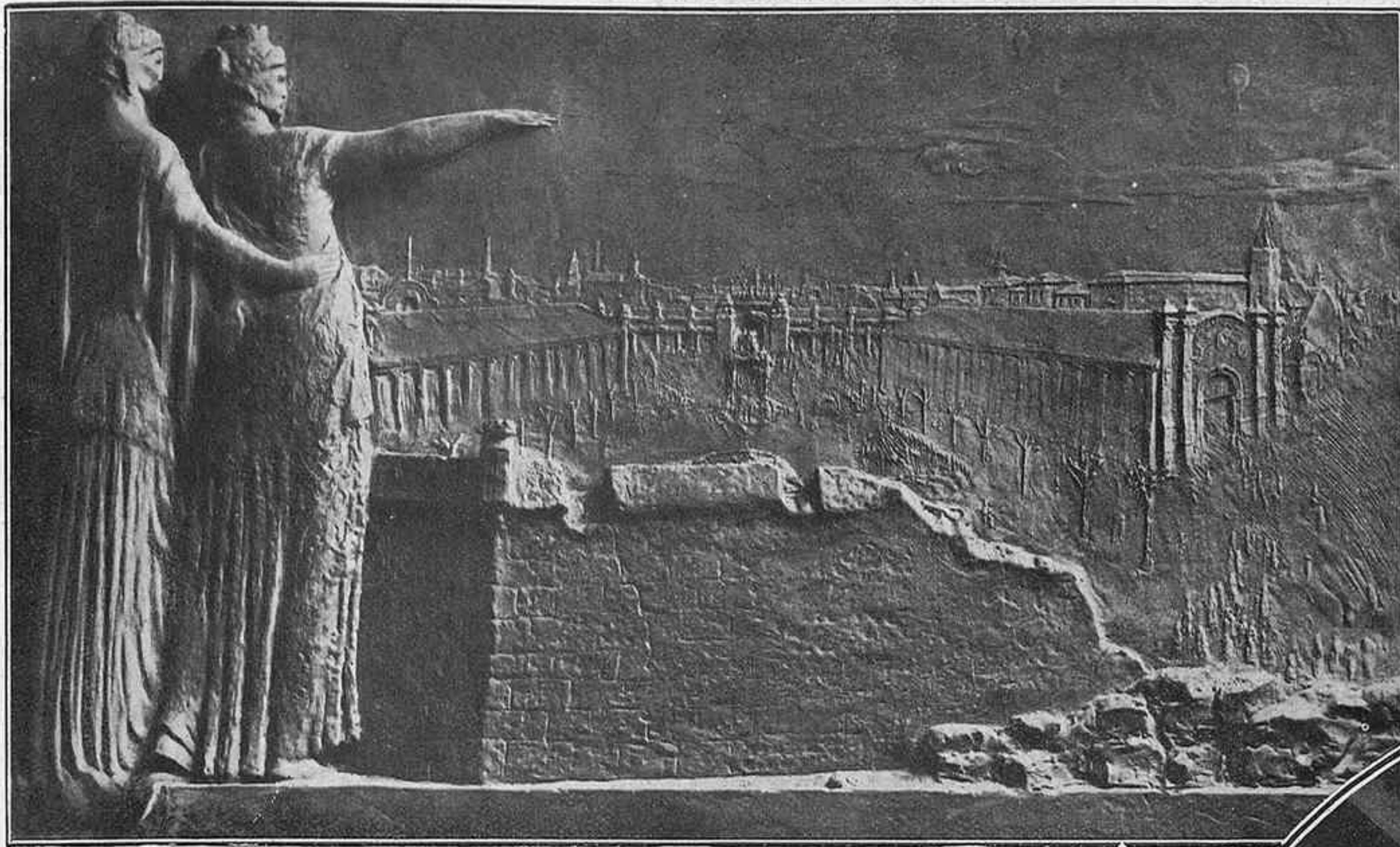
merecimientos. El cuadro *Un mercado en Roma* es una bellísima nota, fidelísimamente observada é interpretada con el acierto y la seguridad propias del distinguido artista.



Un mercado en Roma, cuadro de Ventura Alvarez Sala

MONUMENTO CONMEMORATIVO DE LA EXPOSICIÓN FRANCO-ESPAÑOLA

CELEBRADA EN ZARAGOZA. Obra de Miguel y Luciano Oslé



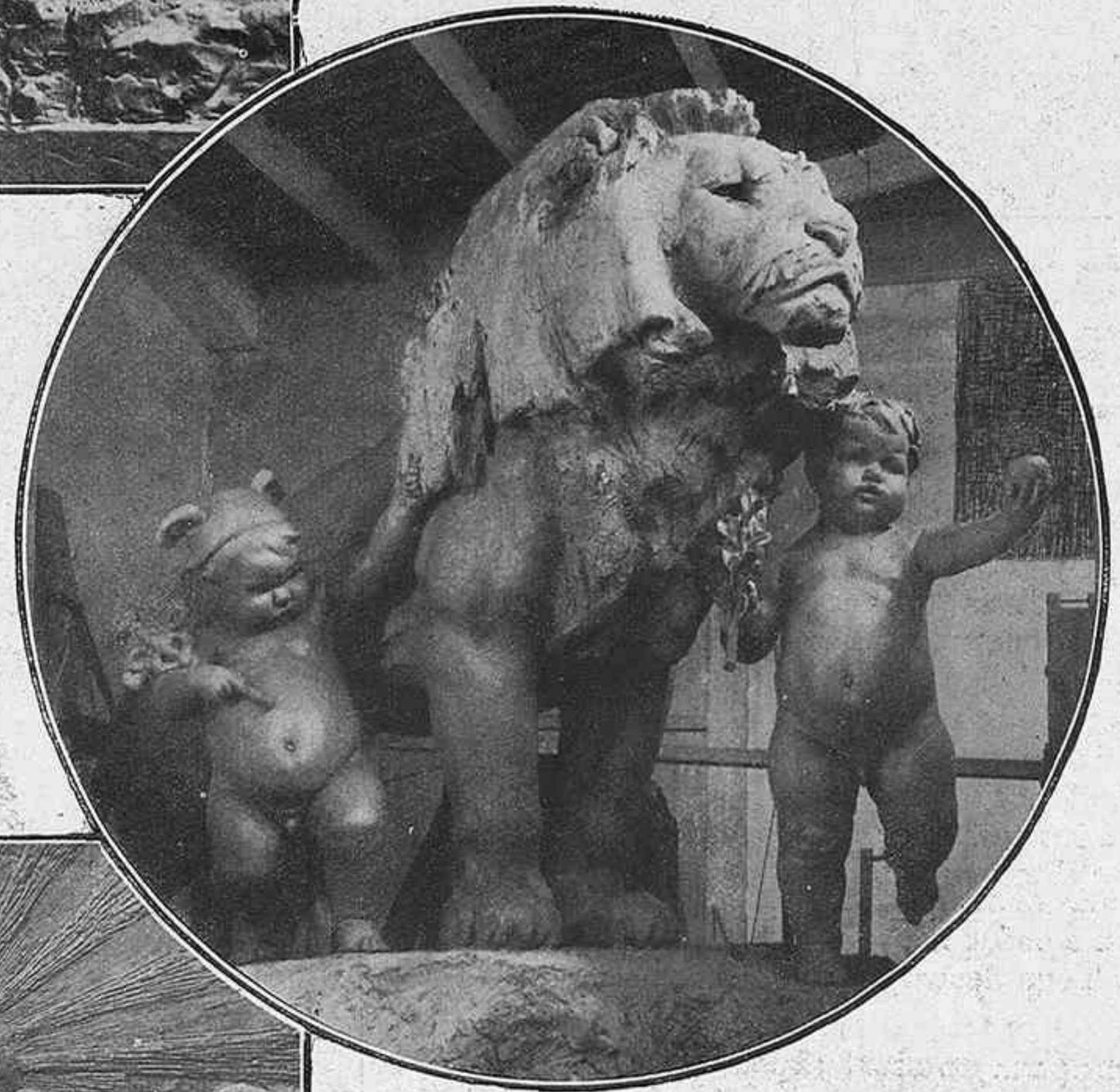
Alegoría de España y Francia, relieve que ha de adornar el monumento conmemorativo de la Exposición

Próximamente se inaugurará en Zaragoza el monumento que se erige en la inmortal ciudad para conmemorar la Exposición Franco-Española, que con tanto éxito se celebró en la capital aragonesa, demostrando que si bien rinde fervoroso culto á sus héroes y tradiciones, atiende á cicatrizar rencores y procurar su engrandecimiento en la forma que emplean los pueblos modernos.

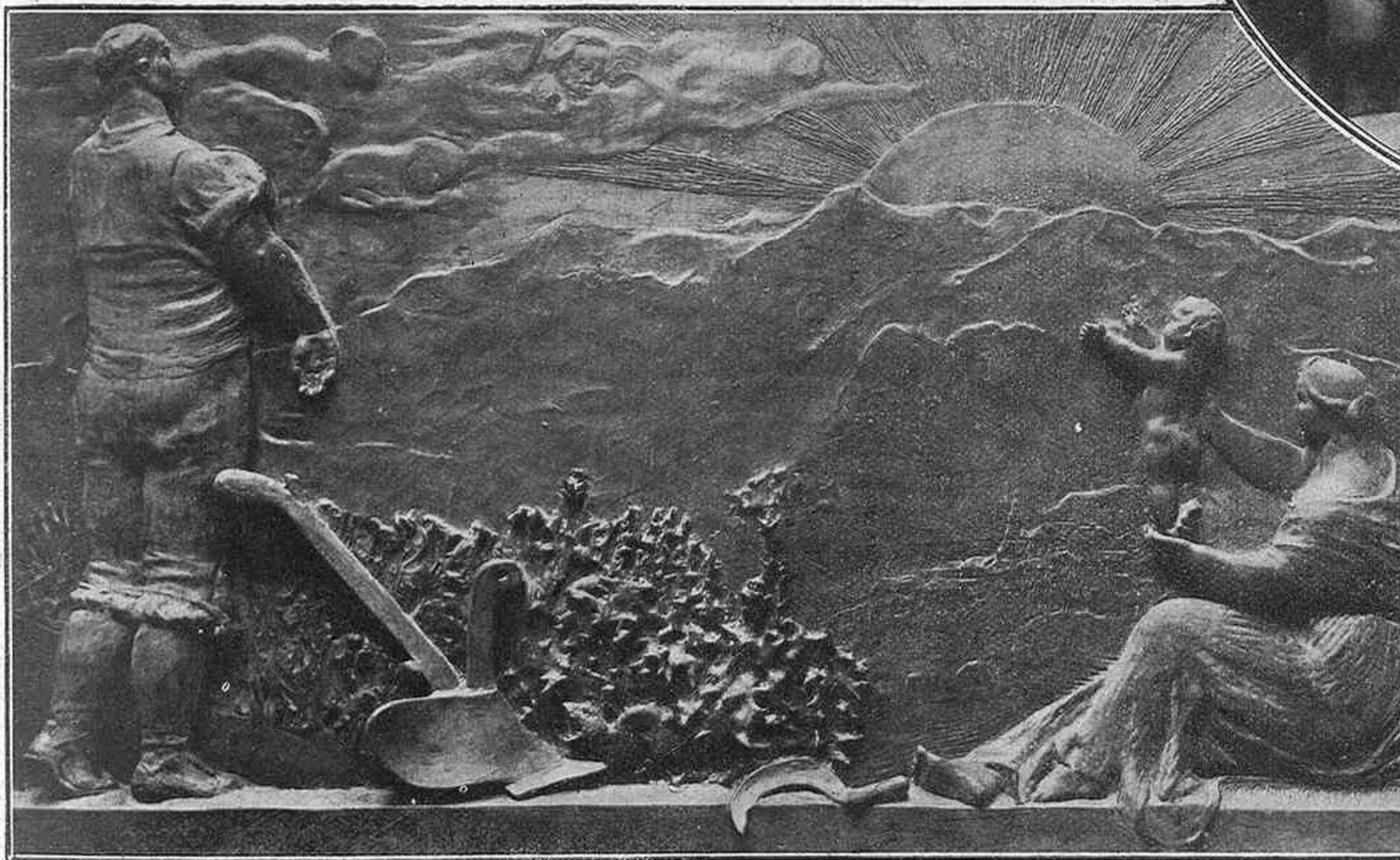
La ejecución de una obra de tal importancia confióse á dos distinguidos escultores, los hermanos

simbólica rama de roble.

Sirven de complemento tres relieves, asimismo en bronce, no menos dignos de mencionarse, representando respectivamente *El despertar de Aragón, Zaragoza premiada por el Trabajo y España y Francia ante la Exposición de Zaragoza.*



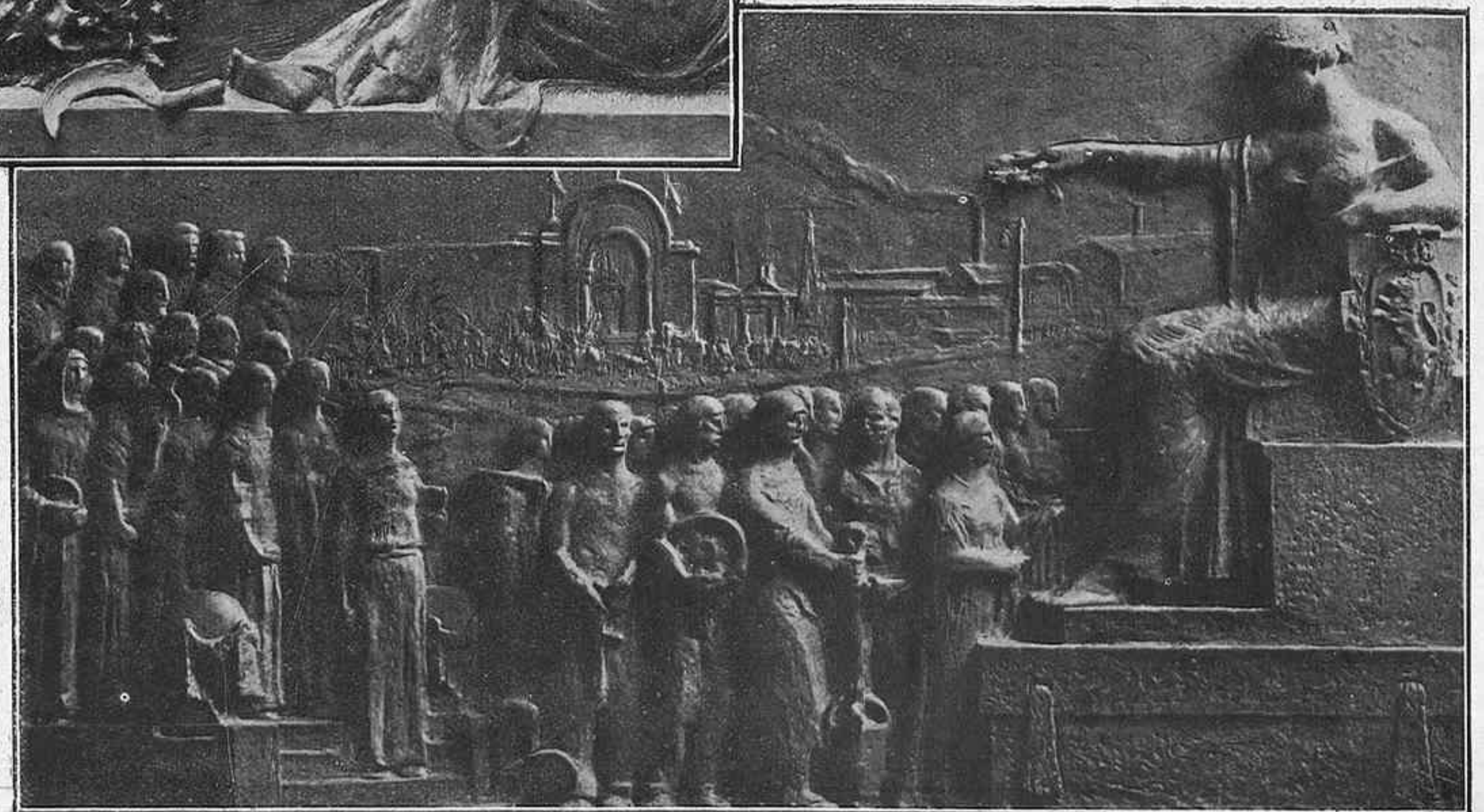
Grupo alegórico que corona el monumento conmemorativo



El despertar de Aragón, relieve que ha de adornar el monumento

Miguel y Luciano Oslé, que han correspondido cumplidamente á la confianza que se les dispensara, realizando su labor en la forma á que obligaba la índole de la obra, la importancia de la ciudad y el buen nombre de sus autores.

Las obras que damos á conocer á nuestros lectores constituyen, digámoslo así, los elementos esenciales del monumento, que consisten en un soberbio león de bronce, de gran tamaño y arrogante actitud, afianzado en la roca que le sirve de pedestal, y mirando al espacio, cual si tratara de simbolizar el deseo de descubrir nuevos y amplios horizontes. A sus lados marchan, cogidos á las guedejas de la melena dos niños, esculpidos en mármol blanco, tocado, el de la derecha, con el alado casquete de Mercurio y con el caduceo en la diestra, y el otro lleva ceñidas sus sienas de laurel, sosteniendo en una de sus manos la



La ciudad de Zaragoza recompensando el Trabajo, relieve que ha de adornar el monumento

Todas las obras á que nos referimos distingúense por la simplicidad y amplitud de su modelado, revelando esa grandiosidad de concepto y ejecución propias y características del verdadero arte, dando con ello sus autores indudable testimonio de su ta'ento.

El monumento estará constituido por un robusto basamento de piedra azulada, á cuyos lados se aplicarán los relieves de bronce, coronándolo el grupo formado por el león y los niños.

Por nuestra parte felicitamos á los Sres. Oslé, convencidos de que su obra ha de merecer el aplauso de todos cuantos la examinen.

Réstanos agregar que los escultores á que nos referimos han logrado singularizarse y distinguirse dando á sus obras el carácter de su personalidad. Sus producciones, tan sentidas como inspiradas, cobran forma y expresión entre sus dedos, transmitiéndoles el esfuerzo de su genialidad y el caudal del

sentimiento que les embarga como pensadores. De ahí la impresión que determinan sus estatuas. Algunas de ellas reproducen con gran intensidad sensaciones y sentimientos, accidentes de la vida social que revelan el alma y la imaginación de los dos artistas, quienes laboran sin otro norte ni estímulo que sus ideales, prescindiendo de minucias de ejecución para expresar fielmente cuanto observan y les impresiona.

REGRESO DEL CONGO

DEL PRÍNCIPE ALBERTO DE BÉLGICA

Después de un largo viaje de estudio por el Africa, desde el Cabo hasta la desembocadura del Congo,

go y en algunas ocasiones penosísimo y hasta peli groso; á pie ha recorrido centenares de kilómetros, las más de las veces solo, marchando delante de su caravana. En Rhodesia contrató trescientos bagajeros indígenas, que al llegar á la frontera del Congo desertaron en su mayor parte, dejando expuestos al

En toda su expedición al través del Congo, púsose el príncipe en contacto con las tribus indígenas, que le acogieron con pintorescas pruebas de amistad respetuosa; y á pesar de haberse visto varias veces aislado de sus acompañantes, nunca se vió molesto ni amenazado por aquellas gentes.

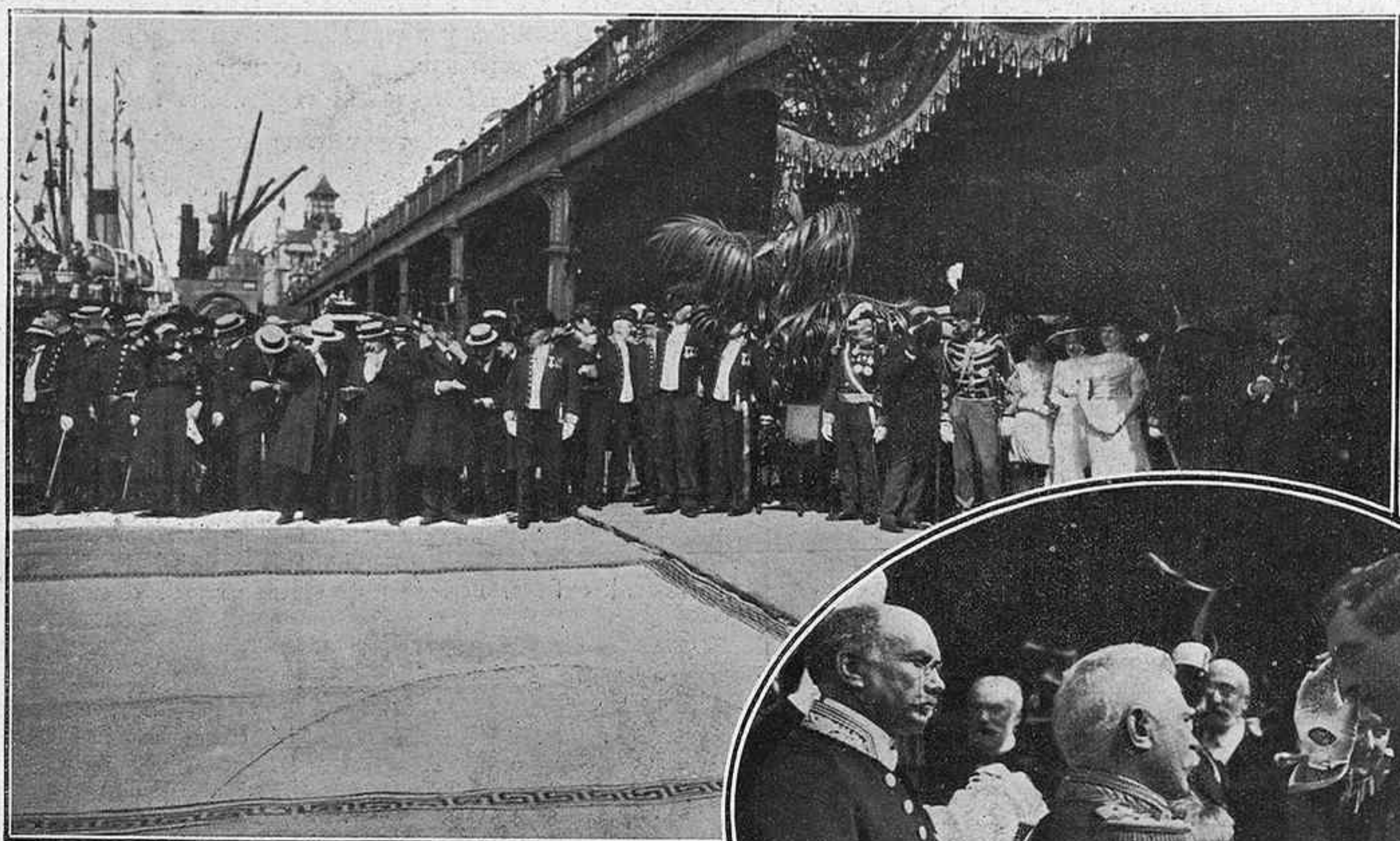
El príncipe trae de su viaje las más optimistas impresiones sobre el porvenir de la «Bélgica negra,» y cuando se abran las Cámaras expone en el Senado, del cual es miembro, el fruto de sus observaciones.

El viaje ha producido un grande é inmediato resultado moral, el de popularizar el Congo y hacer simpática la política colonial, tan duramente combatida por los detractores de la obra de Leopoldo II, cuyos pesimismos se ven hoy ahogados por la explosión de entusiasmo con que la nación belga en masa ha saludado al príncipe Alberto.

UN ACCIDENTE

DEL GLOBO DIRIGIBLE ALEMÁN «PARCEVAL III»

El día 12 del corriente el dirigible alemán *Parceval III* elevóse en los aires bajo la di-



Regreso del Congo del príncipe Alberto de Bélgica. — El gobierno y las autoridades esperando en Amberes el desembarco del príncipe.

ha regresado á su patria el príncipe Alberto, sobrino del rey Leopoldo II y designado sucesor de éste en el trono.

El gobierno belga en pleno acudió á recibirlo en Flesinga, y desde allí á Amberes, el buque congolés que lo conducía fué escoltado por una escuadrilla pintoresca, compuesta de buques de todas clases, desde los más lujosos á los más modestos.

La recepción que le hizo Amberes, adonde llegó el 16 de este mes, fué imponente, y en la Casa municipal, el burgomaestre le saludó con entusiastas frases, á las cuales correspondió el príncipe con un hermoso discurso en el que, después de afirmar que la política colonial es una necesidad para Bélgica y que es preciso secundar al rey en el cumplimiento de una obra atrevida é incomparable, realizada con una inquebrantable energía y una perspicacia grande que la historia no olvidará jamás, dijo:

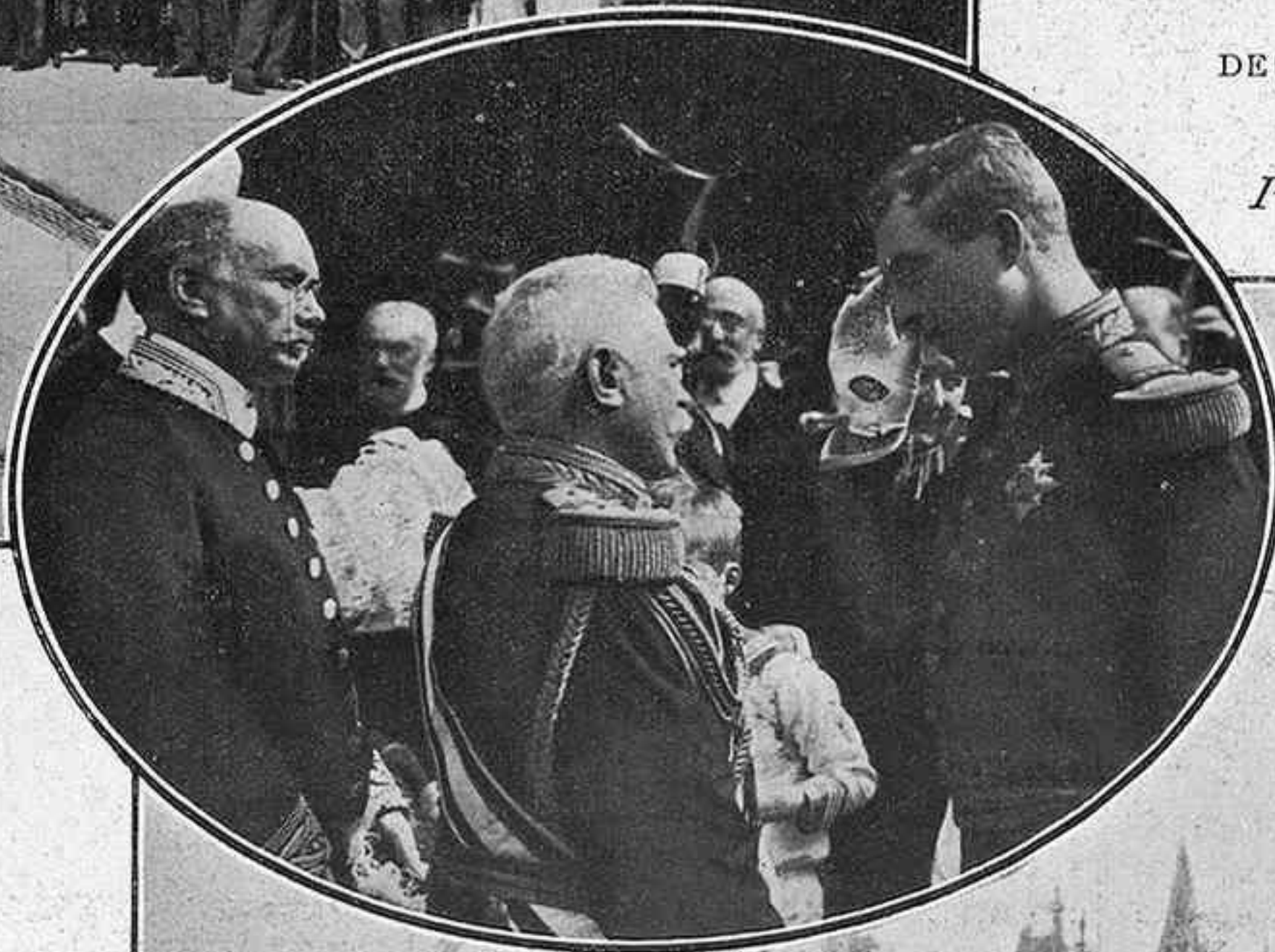
«Tenía plena esperanza en el porvenir del Congo, pero lo que he visto ha sobrepasado á cuanto esperaba. Siéntome todavía bajo la impresión de aquellas regiones maravillosas que ofrecen inagotables recursos á los hombres de iniciativa y de energía.

»La colonia contribuirá á los progresos de Bélgica; tal vez sean necesarios sacrificios, pero éstos serán fecundos.

»Aseguraremos el porvenir del Congo elevando el nivel moral de los indígenas, mejorando su situación material, combatiendo sus males, sobre todo la enfermedad del sueño, y multiplicando las vías de comunicación. Esperó en que de día en día aumentará el número de los hombres que tendrán empeño en ir al Congo.»

Su entrada en Bruselas fué verdaderamente triunfal; la población en masa se lanzó á las calles para aclamarle, y más de 1.500 sociedades cubrían el curso recorrido por la comitiva desde la estación del ferrocarril hasta el palacio real y desfilaron después por delante del ilustre viajero.

El viaje realizado por el príncipe ha sido lar-



El general Wahis y el burgomaestre de Amberes Sr. Vos saludando al príncipe á su llegada. — Las sociedades de Bruselas que formaron parte del cortejo á la llegada del príncipe á dicha capital. (De fotografía de Carlos Trampus.)

príncipe y á su escolta al hambre por falta de medios de transporte.

recepción del teniente Stelling, yendo en la barquilla once pasajeros, entre ellos cinco señoras. Soplaban un

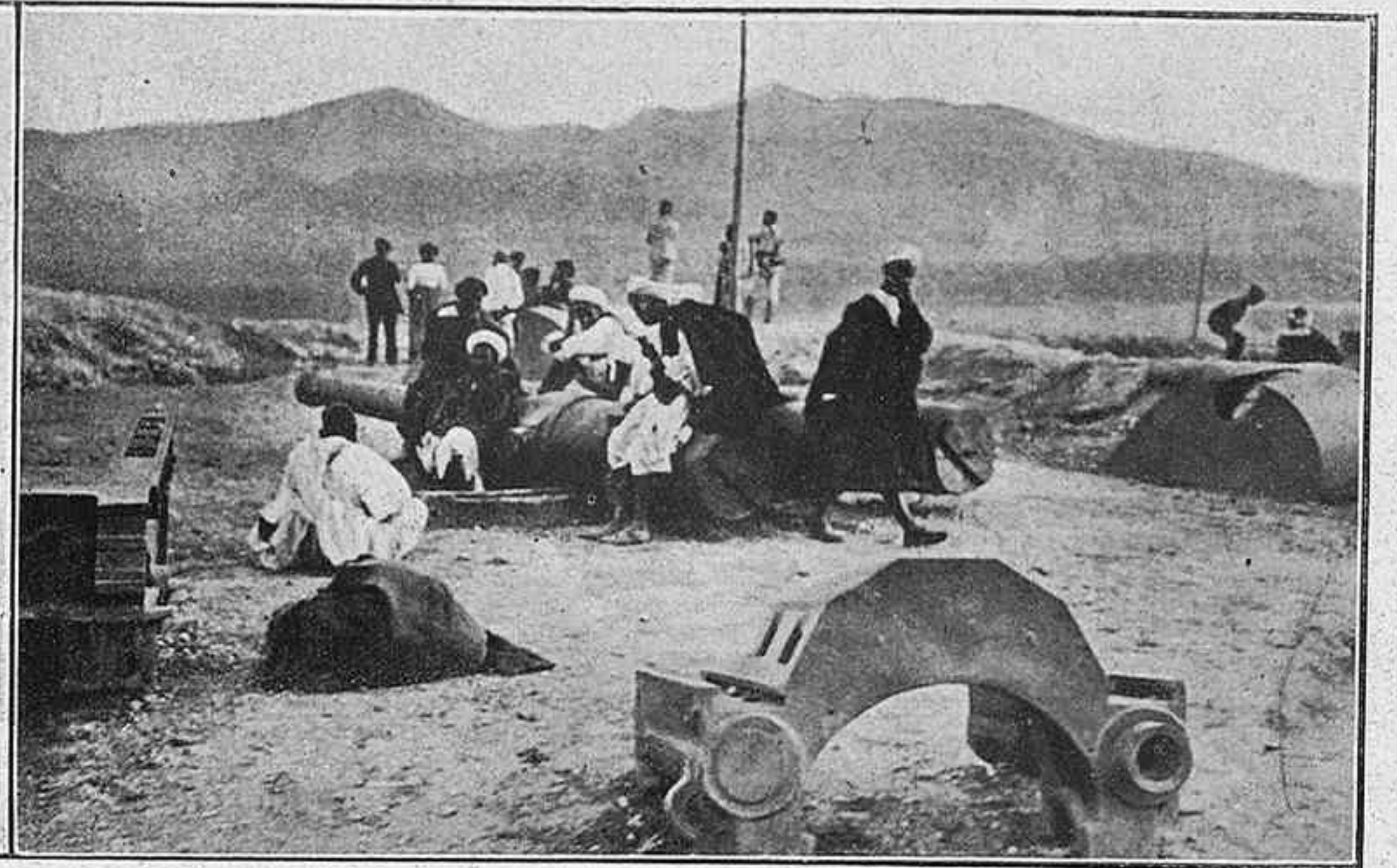
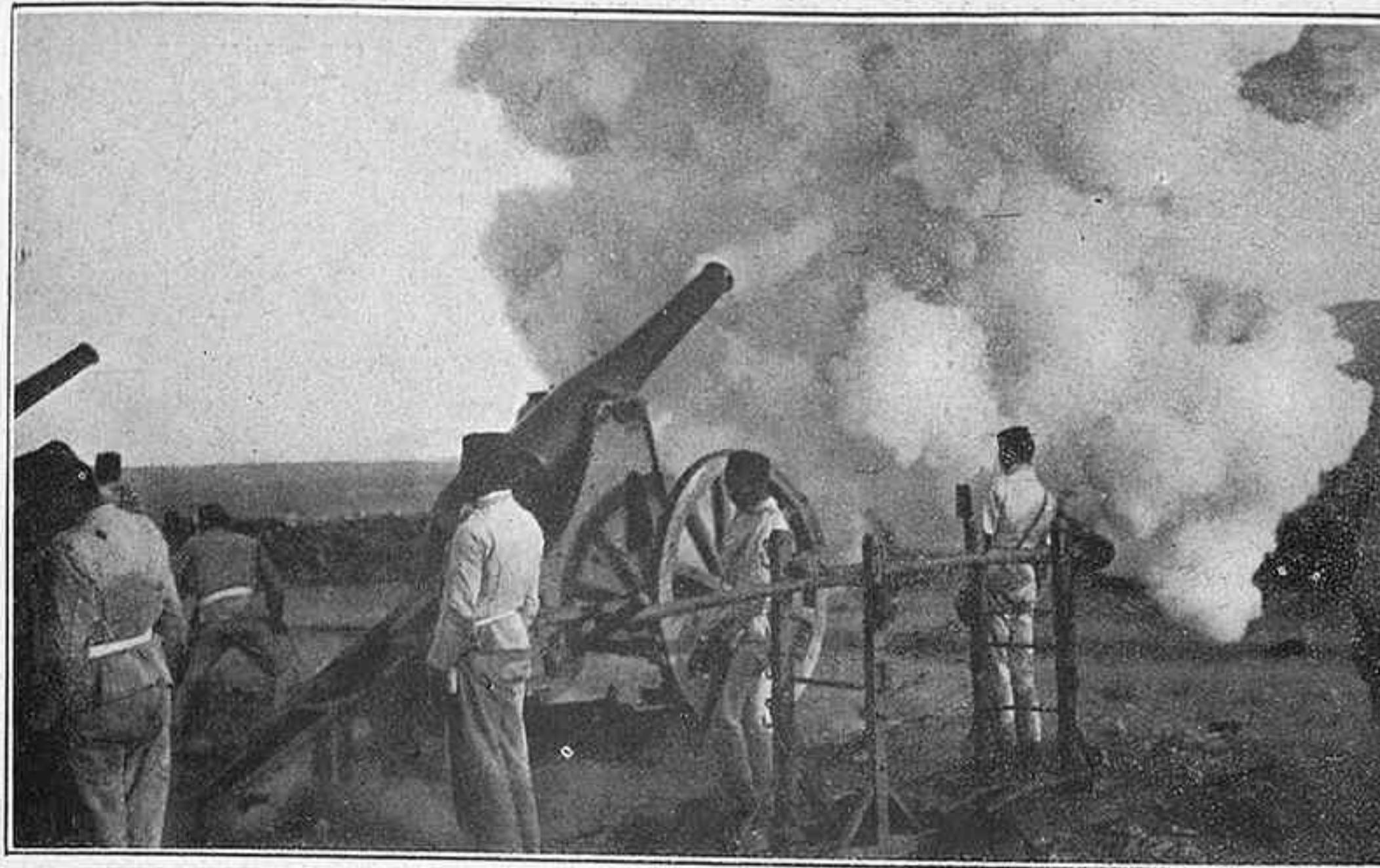
viento bastante fuerte, y al elevarse el aerostato pudo observarse que lo hacía con escasa fuerza ascensional; poco después desapareció el globo hacia Homburgo.

Al cabo de tres cuartos de hora apareció de nuevo y pasó por encima de los edificios de la exposición aeronáutica; Stelling, creyendo que podría descender en un sitio despejado, soltó la cuerda, que fué recogida por varias personas; pero poco después gritó «¡Soltad!» y el globo se elevó de nuevo por encima de las casas á fin de poder tomar tierra en el mismo recinto de la exposición. En esta maniobra, la barquilla chocó con el tejado del cuartel de bomberos y el pararrayos de éste desgarró la envoltura del globo, que lentamente fué cayendo hasta ir á parar en medio de una plaza, sin que ninguno de sus tripulantes sufriera el menor daño.—S.



Accidente ocurrido al globo dirigible alemán «Parceval III» en Francfort del Mein (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA CAMPAÑA DE MELILLA. (De fotografías de M. Asenjo.)



Cañones de 15 haciendo fuego por elevación sobre las cañadas del Gurugú, siguiendo las indicaciones hechas desde el globo cautivo
Grupos de moros confidentes descansando sobre cañones de grueso calibre antes de ser éstos montados

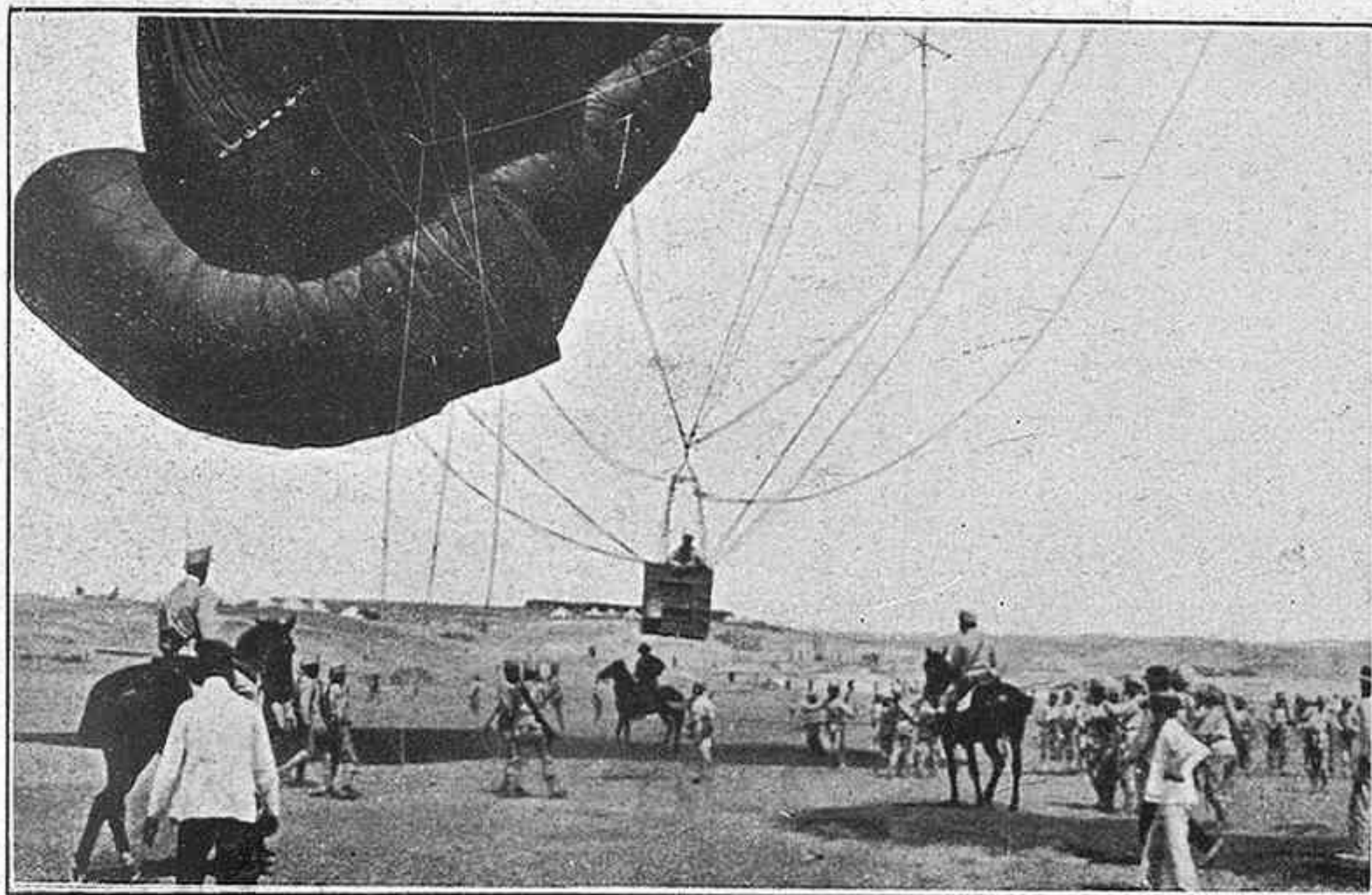
Desde hace algunos días, los convoyes que diariamente salen de Melilla para aprovisionar los campamentos son hostilizados con mayor intensidad por los rifeños. El del 20 hubo de sostener nutrido tiroteo entre los Lavaderos y la primera caseta y en las inmediaciones del blocaó Velarde, y lo propio les sucedió á los del 21 y 22, habiendo sido el total de nuestras bajas en estas tres jornadas dos muertos y veintitún heridos. Las de los moros debieron ser muy numerosas, no sólo á causa de los certeros disparos de nuestra artillería, sino tam-

una mina en las proximidades de aquélla; á media noche la mina hizo explosión y á la mañana siguiente, reconocido el terreno, encontráronse dos cadáveres enteramente destrozados y varios rastros de sangre, que indicaban que el número de bajas del enemigo debió ser considerable. Además se recogieron dos fusiles Mauser y municiones de esta clase y de Remington.

Continúan siendo contradictorias las noticias que se tienen de la *harka*. Dícese que una gran parte de ésta está muy des-

Han comenzado y se continúan con gran actividad los trabajos del dragado de Mar Chica, que, según parece, ha de constituir una de las bases de apoyo de las operaciones del futuro avance.

Con el dragado y con la apertura del canal de la Restinga podrán entrar allí nuestros buques de guerra; esto solo explica la importancia que se concede á aquellas obras, de las cuales están encargados los distinguidos ingenieros señores Molini y Becerra y en las que se emplean máquinas de gran



Una ascensión del globo cautivo «Reina Victoria» en la barquilla el capitán de ingenieros Sr. Gordejuela
Vista de Melilla y de sus inmediaciones, tomada desde el «Reina Victoria»

bién porque en la acción del 22 varios de aquéllos cayeron en una emboscada que los cazadores de Figueras les prepararon. Los convoyes de los días 23, 24 y 25 no tuvieron novedad.

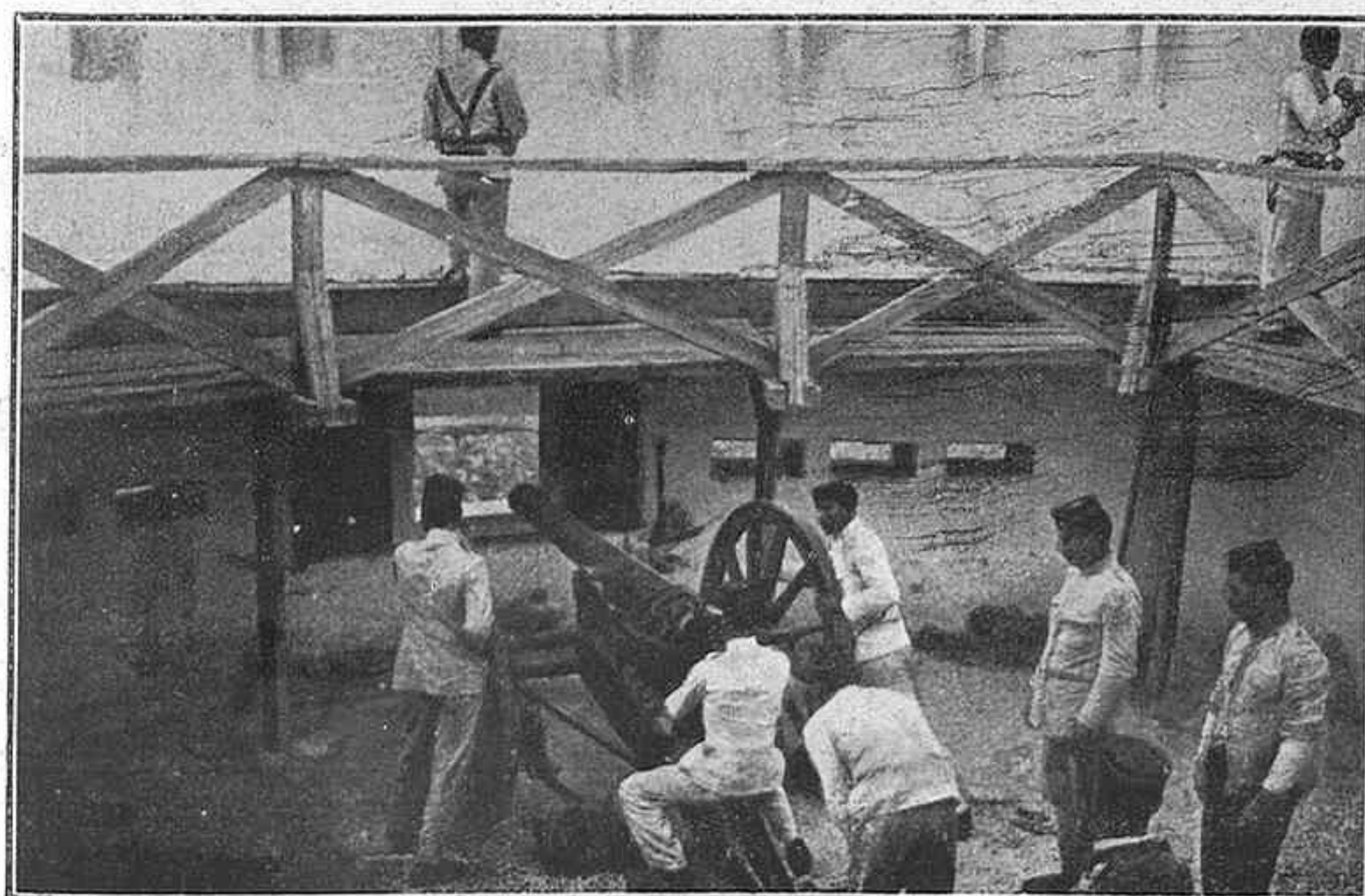
En Alhucemas y en el Peñón casi todos los días se reproducen las agresiones, sin consecuencias por nuestra parte.

En vista de que los moros aprovechaban la obscuridad de la noche para acercarse silenciosamente á la vía férrea, fuera del alcance de los reflectores, á fin de recoger cápsulas vacías y causar desperfectos en los rieles, los ingenieros construyeron

contenta del Chaldi á causa de las contribuciones que impone á los cabileños y sobre todo de la forma poco equitativa en que la cobra, y aun se añade que el citado caudillo fué objeto de amenazas de muerte que le obligaron á refugiarse, primero en su casa de Nador, y luego, no creyéndose allí seguro, en la cabila de Benifugafar, que le es incondicionalmente adicta. Otras noticias afirman que el Chaldi sigue imponiéndose á los suyos, unas veces por la persuasión y otras por la violencia, y que el contingente de la *harka* aumenta de día en día.

potencia. Además de ésta, efectúanse otras obras de gran utilidad, como el tendido de la vía férrea que ha de unir el muelle con los desembarcaderos de Mar Chica, llegando hasta el Atalayón.

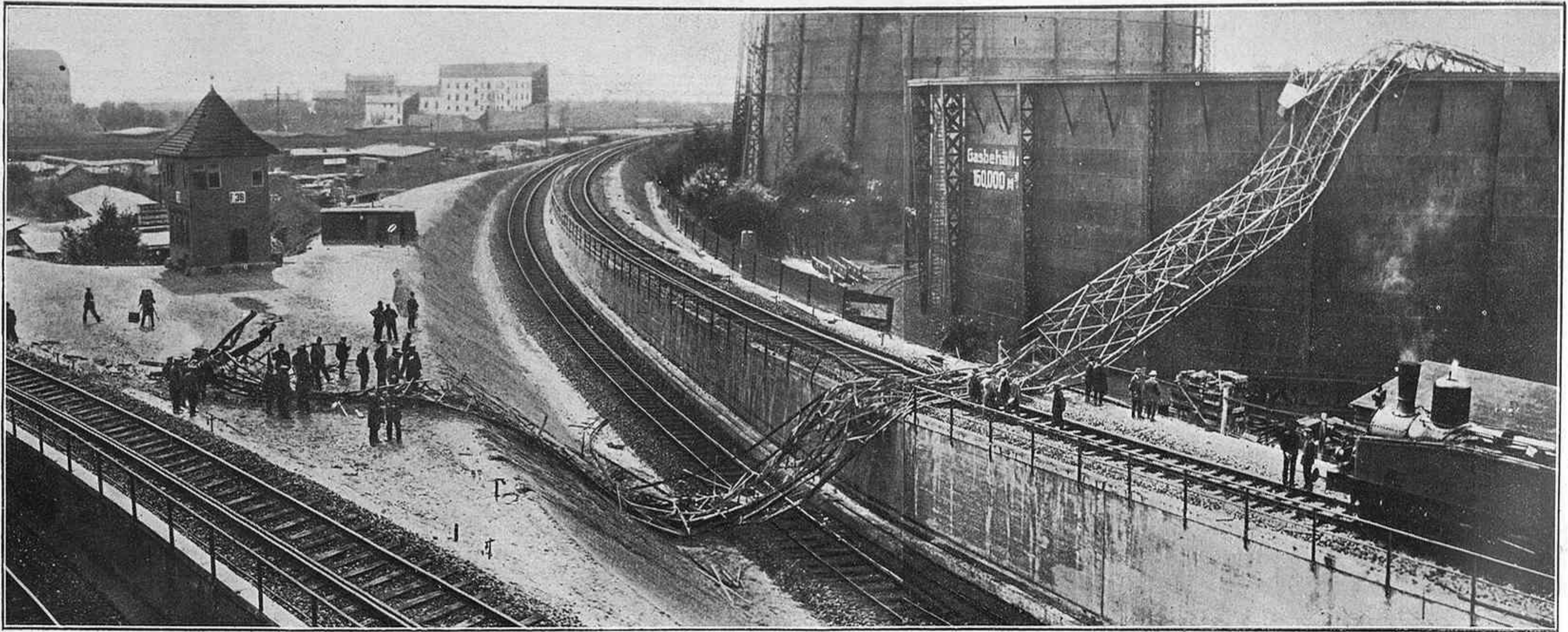
No ha empezado todavía el movimiento de avance, tardanza que se explica por el natural propósito del general Marina de no emprenderlo hasta tener reunidos y debidamente combinados los múltiples elementos que para efectuarlo se requieren. — R.



Rectificando la puntería en el fuerte de Sidi-Guariach.— Construcción de un fortín



JÓVENES ROMANAS SEMBRANDO DE FLORES EL CAMINO POR DONDE PASA EL EMPERADOR CARACALLA, copia del notable cuadro de Alma Tadema. (De fotografía de la Photographische Gesellschaft.)



Berlín.—Derrumbamiento de una torre de hierro de ochenta y cinco metros de altura sobre la línea del ferrocarril de Schoeneberg á Berlín. A consecuencia de este accidente quedó destruido un vagón y hubo un muerto y cinco heridos. (De fotografía de Carlos Delius.)

BERLÍN.—DERRUMBAMIENTO DE UNA TORRE DE HIERRO

El día 19 de este mes ocurrió en Berlín un accidente que pudo haber sido una terrible catástrofe: una grúa en forma de torre de hierro de ochenta y cinco metros de altura que dominaba la línea férrea de Schoeneberg á Berlín se derrumbó, cayendo sobre las vías en la forma que se ve en el grabado adjunto, reproducción de una fotografía tomada poco rato después de sucedido el hecho.

En el momento del desplome pasaba por una de las vías un tren de circunvalación y venía otro por la otra vía en sentido contrario; por fortuna, del primero sólo fué alcanzado el último vagón por la punta de la torre, en los rieles más distantes, y el segundo, que por su mayor proximidad habría sufrido más graves daños, pudo ser parado á tiempo de evitar el golpe,



París.—Mme. Goschel, conocida profesora de baile y una de las más fervientes partidarias de la constitución de un «Sindicato de los coreógrafos.» (De fotografía de World's Graphic Press.)

sin lo cual, á juzgar por el estado de la vía, habría sido enteramente destruido.

Otra circunstancia contribuyó á que no fueran en gran número las desgracias, y fué la de haber ocurrido el suceso al mediodía, en la hora de descanso de los trabajadores.

A consecuencia del accidente resultaron un viajero muerto y cinco heridos.

La torre derrumbada servía para la construcción de un gásmetro gigantesco que está levantando en aquel lugar una compañía inglesa.

PARÍS.—EL SINDICATO DE LOS COREÓGRAFOS

En Francia y muy especialmente en París hay desde hace tiempo un verdadero furor por la formación de sindicatos. Casi todos los oficios están sindicados, y su unión dentro de la Confederación general del Trabajo constituye una verdadera potencia, tanto más fuerte cuanto que cuenta, si no con la protección, con la benevolencia de los gobiernos.

Algunas profesiones, sin embargo, quedan aún fuera de ese temible organismo; pero ciertos elementos trabajan activamente para atraerlos á él, y mucho será que no logren su objeto, teniendo en cuenta las ventajas con que les brindan si acceden á sus pretensiones y los inconvenientes que pueden resultarles si las rechazan.

Ultimamente la Federación del Teatro se ha empeñado en sindicarse á los coreógrafos, y á este objeto convocó á éstos hace pocos días á una reunión que se celebró en el teatro de Varietés. Dígamos en honor de la verdad que la concurrencia fué escasa, pues no pasaron de dos docenas, entre hombres y mujeres, los que respondieron al llamamiento, y aun los más de ellos movidos por la simple curiosidad.

La reunión fué presidida por el Sr. Prevost, secretario general de la Federación del Teatro y de la Federación de los Músicos, que tenía á su lado á los Sres. Cohén, tesorero de los músicos; Lamarre, secretario de los maquinistas, y Fromont, secretario de los coistas. El presidente abrió la sesión pronunciando un discurso, en el que hizo notar las ventajas que la constitución de un sindicato ofrecería á la corporación de los coreógrafos; afirmó que si en 1903 un primer sindicato había defraudado las esperanzas de sus adheridos, no sucedería lo mismo ahora; enumeró las excelencias de la Federación del Teatro, que cuenta con millares de socios; del reciente sindicato de los maquinistas, que tiene setecientos adeptos, y del sindicato de los artistas líricos, en el que se agrupan más de tres mil individuos; y terminó señalando los abusos y denunciando ciertas combinaciones de las agencias teatrales que con el sindicato en proyecto podrían evitarse y las mejoras que, sindicándose, podrían conseguir los coreógrafos.

El Sr. Prevost fué muy aplaudido, como lo fueron también los Sres. Cohén, que insistió en lo dicho por su compañero, y Fromont, que recordó la célebre parábola de la piedra que en vano intentan levantar una á una varias personas y que levantan fácilmente unidas todas ellas.

También hablaron el Sr. Azemá, esposo y padre de bailarina, y la señora Goschel, conocida profesora coreográfica parisiense, que se mostró partidaria entusiasta de la idea y de la realización del proyecto y que, sin ambages ni rodeos, presentó su candidatura para la presidencia del futuro sindicato.

Después de todos esos discursos, los asistentes acordaron por unanimidad la constitución de un «Sindicato de los coreógrafos;» nombraron una comisión preparatoria, encargada de redactar los estatutos de éste, y aceptaron la convocatoria de una nueva reunión, en la que se tomarán acuerdos definitivos.

UN BATALLÓN DE ALPINOS ITALIANOS

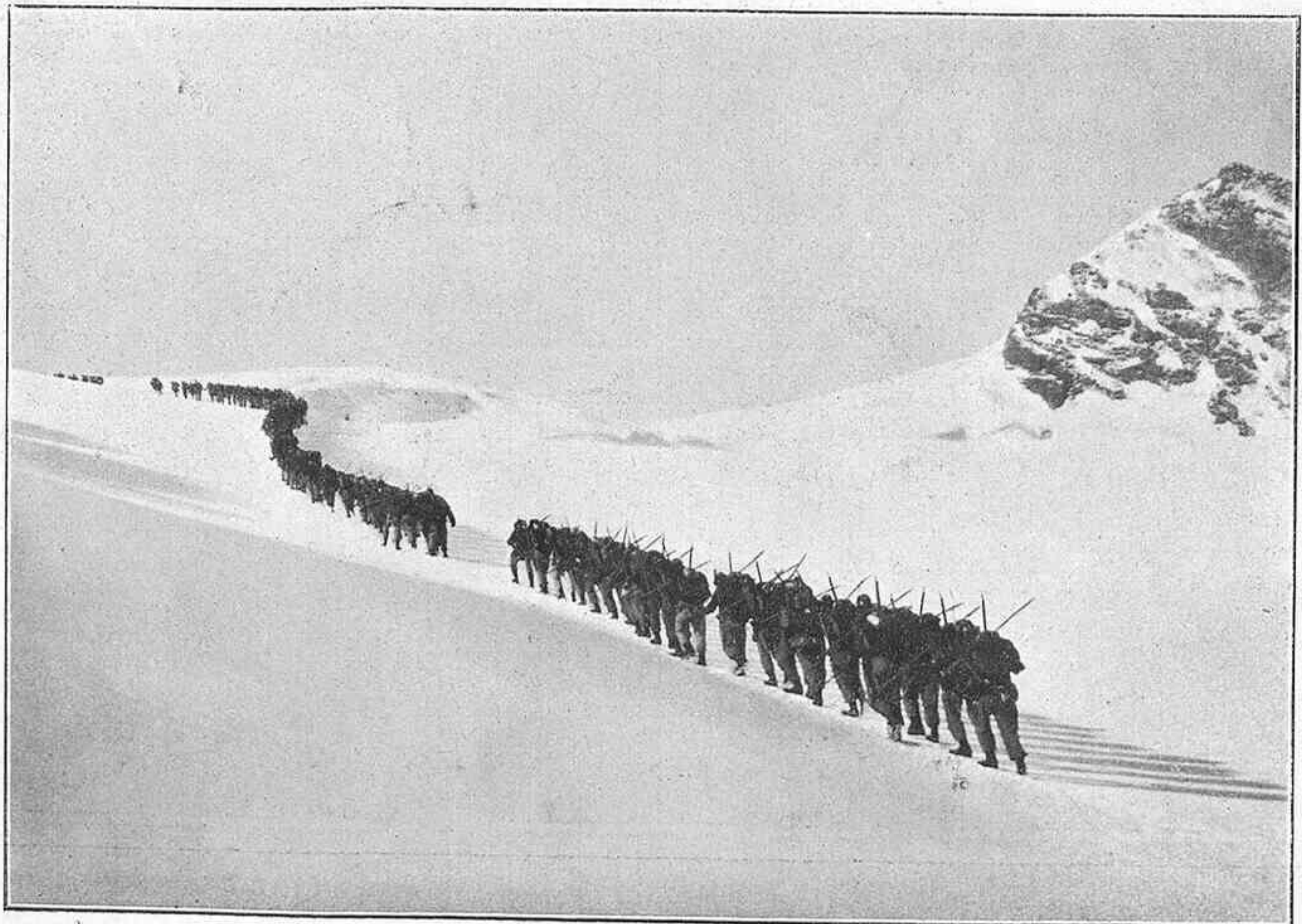
EN EL VENTISQUERO DE RUITOR

El ejército italiano cuenta con siete regimientos de tropas alpinas que, como su nombre indica, tienen como misión especial la custodia y defensa de los Alpes, en la parte de Italia.

Estas fuerzas todos los años, después de algunas semanas de ejercicios, consistentes en marchas de resistencia por sitios abruptos y difíciles, efectúan una *raid* al través de uno de los terrenos más escabrosos, en donde más abunda la nieve y mayores peligros ofrecen los ventisqueros.

Este año, uno de los batallones del 4.º regimiento ha atravesado el fragoso ventisquero del Ruitor, desde La Thuile á Valgrisanche, pasando por la garganta del Ruitor, situada á 3.354 metros de altitud é invadida por una niebla espesísima y teniendo que soportar una temperatura de 14º bajo cero.

El batallón salvó tan peligrosos pasos marchando los soldados atados unos á otros con una cuerda, y terminó su expedición con toda felicidad.



Un batallón de alpinos italianos atravesando el ventisquero de Ruitor en la frontera franco-italiana. (De fotografía de Carlos Trampus.)

EL ARCHIVO DE GUIBRAY

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Cada vez más disgustado, Pedro, poco acostumbrado á la marcha, cansado por dos horas de paseo, se dejó caer en un mojón, límite de su campo, al borde del camino.

Con la cabeza entre las manos, sumióse largo tiempo en pensamientos confusos. Echaba de menos París, sus padres, su hogar, su vida pasada; juzgaba con terror la magnitud del esfuerzo que tenía que hacer, de la tarea que debía llevar á cabo, y empezaba á reconocer la imposibilidad de ciertas realizaciones.

El ruido de un coche, que se acercaba rápidamente, le sacó de su ensimismamiento. No tuvo tiempo de levantarse, de modificar su actitud. Por delante de él desfiló á trote largo el landó de los Faulque. Sus ojos se encontraron con los ojos de Clemente y de Bertilla. El primero vacilaba, esperando un saludo.

Pedro, tieso, no se movió. Bertilla se sonrió con desprecio.

El coche pasó y ni Faulque ni su hija volvieron la cabeza. Guibray, humillado, sintió su pequeñez, su inutilidad, sobre todo su aislamiento. El incidente fué amargo. Aquella gente le preocupaba demasiado.

Cuando abandonó su sitio notó, á pesar de todo, que la piedra en que se había sentado, y que él tomó antes por un mojón, tenía la forma de una cruz de Malta; antiguo vestigio, contemporáneo del tiempo en que sus abuelos mandaban la provincia. Y aquel descubrimiento aumentó su disgusto, sus rencores contra la sociedad.

El tío Jaime, en sus convicciones tenaces y su ardiente fe, se había equivocado sin duda. Demasiado amante del pasado, ignoraba el presente, y había pasado la época de las reconstituciones señoriales en medio del respeto de las masas. No había ya señores, y las masas, educadas en otras ideas, habían perdido el respeto...

Hastiado, Pedro regresó pausadamente á su castillo agrietado que ya le causaba poca admiración. Necesariamente tuvo que pasar por delante de los muros y la verja del castillo nuevo, ver los céspedes, los jardines soberbios, y la comparación le fué también dolorosa. Allí se vivía, y se vivía en el ambiente real, en los días presentes, una vida no ficticia, á pesar de las faltas antiguas, de los crímenes seculares, sin preocuparse de los muertos, muertos desde hacía tantos años

¿Y él? ¿Y él? ¿Quién tenía razón? Se encerró en su ruina, desdeñoso de saber más. Durante tres días no pasó el umbral de su mora.

mucho menos á esa gente... Es verdad que parece aburrirse de mala manera... Pero deje usted, que ya levantará la cabeza. Cuando haya puesto un pie en el país, pondrá los dos; es propio de la raza. Nunca hará usted admitir á un Guibray que todo lo de aquí no le pertenece, por derecho de cuna: tierras y hombres, cuerpos y almas. Además, es el hijo, el descendiente de los otros, y eso basta para que semejante presencia sea importuna. Nos la hubiera usted podido evitar.

—Vamos, contestó Clemente, ¿aún me guardas rencor por eso?.. Pero, muchacha, tú no entiendes nada de negocios... Y este es de los buenos, excelente... Vendí por el doble de su valor... Hubiera sido una imbecilidad el negarme.

—Diríase que tiene usted necesidad de dinero.

—Por rico que uno sea, muchacha, siempre se necesita dinero. Acuérdate de este axioma, que, por excepción, es muy cierto.

Volviendo al señor de Guibray, Clemente añadió:

—¡Cómo debe divertirse solo, allá en su desmantelada torre! ¡Buen provecho, amado joven!

Momentos después reanudóse la conversación sobre el mismo tema.

—No me ha parecido mal de figura.

Bertilla se encogió de hombros.

—Aunque fuese hermoso como un Dios, ¿qué importa?

—¡Eh, eh!, dijo Clemente sonriendo con malicia; si fuese viejo y feo, no le odiarías tanto.

—¿Por qué?

—Porque te sería más indiferente.

—¡Oh! Lo que es eso...

—No digas que no. ¡Anda con cuidado, muchacha!

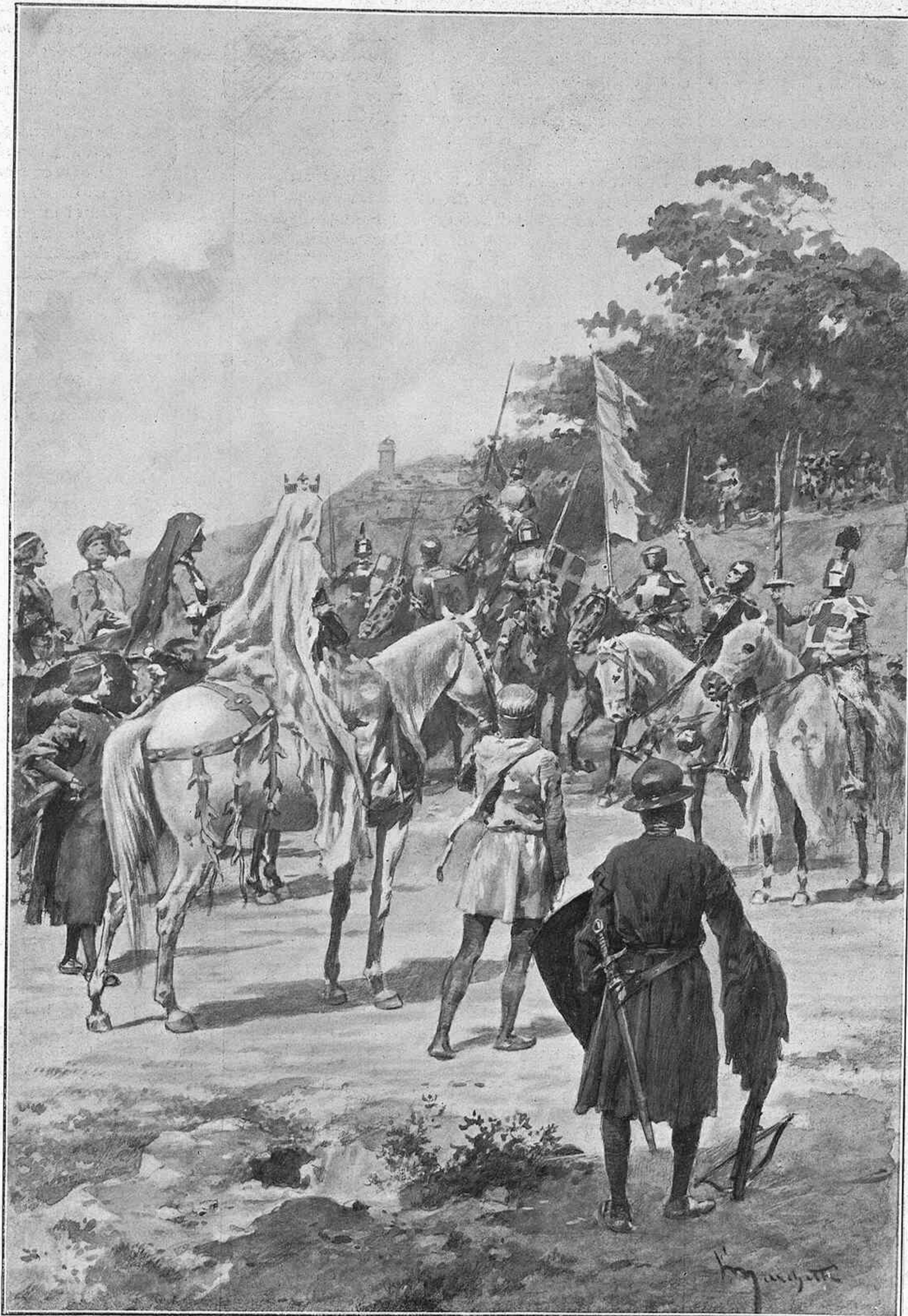
Bertilla se enfadó.

—Papá, usted dice desatinos... Hace usted mal en gastar bromas sobre tales asuntos. Ese hombre tiene en las venas sangre de los que mandaban ahorcar á los nuestros...

—Y de los que los nuestros hacían decapitar, y váyase lo uno por lo otro. Yo encuentro que estamos en paz. Y además, todo eso huele á rancio.

—¡Papá, papá, usted me desespera!.. ¿De modo que si el Sr. de Guibray se le hubiese presentado á usted?..

—Le hubiera recibido bien, muchacha. Yo, republicano, yo, hijo de Faulque; y hubiera sido la mejor manera de probarle lo poco que le temo. Tú eres



La alta y noble señora vió venir hacia ella la banda de sus hijos

da. Desde las ventanas contemplaba los contornos que, con ser tan bellos, le parecían desolados.

Después del encuentro del joven, desplomado en su mojón, Bertilla y su padre cambiaron impresiones.

—Y bien, pronunció Clemente Faulque; el señor del país no es de aspecto muy terrible... Se me figura que, á estas horas, ese joven se arrepiente ya de sus adquisiciones. Su orgullo le impide trabar conocimiento con nosotros; que se las arregle solo; así podrá divertirse. Ya ves, hija mía, que tus temores eran vanos.

Bertilla contestó vivamente:

—¿Temores? No hay tal; yo no le temo á nadie, y

una romántica, Bertilla, y estamos en tiempo de prosa. En fin, como no ha venido, continuemos en nuestras posiciones. Yo prefiero la mía... Pero un consejo, de paso; no te ocupes tanto de todo eso.

El padre había pronunciado estas últimas palabras con voz seria, casi grave. Bertilla no contestó.

Era una muchacha fácilmente vibrante, apasionada en demasía, pero razonable. Había hecho, para ocupar sus ocios en la soledad del campo, prolongados estudios superiores al nivel ordinario de la instrucción femenina. Había leído y aprendido mucho, sin olvidar, el año siguiente, las lecciones del año anterior. Además, viviendo siempre sola consigo misma, sin ninguna expansión exterior, había contraído la costumbre de hablar con su alma, y por el sistema de preguntas y respuestas había llegado a conocerse y a juzgarse casi exactamente.

Y las palabras de su padre no hacían más que repetir una cuestión que ella ya se había planteado, en su severidad de acostumbrada investigación. Desde la víspera se sentía cambiada; á su aversión atávica y casi tradición para una raza de opresores, se había añadido un movimiento nuevo en su alma. Los Guibray, para ella, habían tomado cuerpo. El caballero Pedro encarnaba el pasado legendario.

Y aquel caballero Pedro era proporcionalmente tan joven como ella; era guapo, había que confesarlo. Entre ellos había ya correspondencias, similitudes casi, correlaciones al menos. En otro terreno, en otras circunstancias, es probable que de su proximidad hubiese nacido una simpatía activa.

Por esto le odiaba tanto más.

Clemente Faulque tenía razón. Si Pedro hubiese contado cincuenta años, si hubiese sido deforme, ó desgarbado, ó feo, ¿no hubiera abdicado ella en el acto los antiguos rencores? ¿No hubiera juzgado al adversario indigno de ocuparse de él?

Sondeó su corazón. Acaso el descendiente maldito de una familia odiosa, gracias á sus atractivos delicados, á su elegancia natural, ¿habría desnaturalizado desde luego sus sentimientos antiguos? Vió el escollo y estremecióse de cólera, indignada ya á la idea de un peligro posible.

¿Ella, una Faulque, acosada por la imagen de un Guibray? ¿No tenía bastantes fantasmas, que todavía iba á enredarse con uno vivo?

Luego se le ocurrió una idea que la reconfortó y la hizo sonreír. Había quizá un destino. Simplemente se sabía hermosa. Si ese joven se enamorase de ella (¡oh, en vano!) y sufriese de un amor sin esperanza hasta morir de esta pasión, ¡qué nuevo y soberbio desquite para la hija de los perseguidos! ¡Qué conclusión magnífica y trágica! ¡Qué admirable y último capítulo en la historia secular de las viejas querellas!

Entonces, quizá no bien sincera, prometióse no volver á evitar abiertamente y menos desdeñosamente al Sr. de Guibray, como había resuelto aquella mañana misma, sino muy al contrario, buscar las ocasiones de encontrarse con él y hacerle frente.

¿Con qué objeto, Bertilla? ¡Oh! Con el único objeto de tratar de robarle su corazón, á fin de que ese corazón sufriese hasta la muerte.

Este papel improvisado en un momento de turbación le gustaba ardientemente.

¿Eh, Roque? ¿Eh, Miguel? ¿Fanocha, Paulina, todos los Faulque? ¿No es verdad que la aprobáis en esta tarea á vuestra nieta, súbitamente cruel, astuta, apelando á sus medios para tratar de humillar un poco más el orgullo del enemigo hereditario, de reducir á los peores tormentos al último vástago de los barones de antaño?

¡Qué triunfo para aquella que, si no hubiesen cambiado los tiempos, hubiese sido su sierva y su esclava, el ver á ese arrogante caballero esclavizado á su vez, prisionero de amor, y resignado como lo estaban los otros! ¿Por qué no? Sin mentir, era mujer capaz de obtener semejante victoria.

Pero quizá no reflexionaba que en todos los combates se dan y se reciben golpes; y que se han visto encuentros en que ambos adversarios, iguales en fuerza y en bravura, se han ido, con las manos sobre las heridas, á expirar separadamente, ambos vencedores y vencidos.

Ella no dudó del éxito descontado y se inflamó para aquella vanidosa conquista.

Tal era la peligrosa aventura que había resuelto tentar. Reservada y voluntariosa como siempre, ocultó sus proyectos en los repliegues de su alma. Por otra parte, ¿á quién podía revelarlos? ¿quién la hubiera comprendido? ¿quién la hubiera aprobado? ¿Su padre? Se lo hubiera prohibido terminantemente. Fuera de él, Bertilla no tenía á nadie á quien confiarle. Hacía mucho tiempo que su madre había muerto; apenas la había conocido, y no conservaba de ella más que un recuerdo infantil muy dulce. Habiendo pensado sola, sola tenía que obrar.

Preparó sus armas y cuidó su hermosura. Desde aquel momento, la vida le parecía más activa, el horizonte menos vacío; tenía un objeto; componía una novela, encantada de la primera página, dejando el final obscuro á la voluntad de los dioses.

Aquella misma tarde, para iniciar la acción, esperando ponerse en contacto con el enemigo, en un punto ú otro, salió, sola como siempre, en su carruaje de mimbre, muy bajo, tirado por un jaco que ella misma guiaba.

A lo largo de las colinas, fué por Chautemele y Hantile hasta La Roche Guyon, sin encontrar al que buscaba.

Entonces puso su caballo al paso y dejó flotar las riendas, en espera de la aventura, y la aventura no se presentó.

Pasó lentamente dos veces, á la ida y á la vuelta, por debajo de las ruinas que abrigan al adversario. Las ventanas estaban vacías, la puerta cerrada, la ruinoso morada parecía tan desierta como tres meses antes. Bertilla no vió y creyó no ser vista.

Murmuró, ya despechada:

—¡Me evita el cobarde!

Detúvose en el camino, ante una caravana de bohemios, manufactureros de caprichosas cestas de mimbre, y vació el bolsillo en las manos pediguéñas de niños desarrapados y sucios, mientras debajo del carruaje, habitación errante, dos perros pelados, ariscos, tiraban de sus cadenas, desfogándose en ladridos feroces, en demostraciones inútiles. Bertilla se detenía, esperando aún. El personaje detestado no parecía.

La muchacha no pudo menos de confesarse que aquel hombre ocupaba mucho tiempo su espíritu. Pero ¡bah!, el motivo era bueno. Los generales en campaña también están pensando siempre en el enemigo á quien buscan.

Bertilla continuó su táctica, sin más éxito que hasta entonces, y regresó á su casa disgustada. El Sr. de Guibray no había parecido por ninguna parte en el horizonte. ¡Qué mala suerte! En veinticuatro horas, sin querer, lo había encontrado dos veces, y ahora que ella deseaba el encuentro, él se hacía invisible.

Bertilla se consideró como vencida en su tentativa de escaramuza, sintióse humillada y deseó con más ardor el desquite.

A eso de las seis, cuando el sol poniente empezaba á dorar el río, ella bajó hacia el Sena, desamarró su góla y partió á lo largo de las islas, pensando que así, si no veía, sería vista al menos. Desde el viejo castillo, desde todo el país se divisaba el río, que atraía las miradas.

Remó poco á poco, poniendo cuidado en sus actitudes. Al pasar por delante de las ruinas, disminuyó la marcha. De seguro, él estaba allí, mirándola, magnéticamente, ella sentía sus miradas. Este paseo le proporcionó algún consuelo. No había perdido el tiempo del todo.

Durante los dos días siguientes, llovió sin cesar.

En sus decepciones sucesivas, Bertilla se había apresurado demasiado á considerar como inútiles todas las maniobras que había practicado. Cada vez había sido *vista*. Pedro la había visto, desde una ventana, cuando, caritativa, se había detenido delante de la caravana de bohemios; la había visto, es más, la había observado y estudiado, cuando remaba lentamente por el río.

Y aquella presencia lejana, pero continua, que él juzgaba involuntaria, había irritado al joven. ¿Esos Faulque iban á perseguirlo por todas partes? ¿Qué importaba el personaje? Hombre ó mujer, era odioso. Más odioso que nunca, después de haber tomado nuevas proporciones de poderío y autoridad; tanto más odioso, cuanto que triunfaba libremente en pleno día, como un insulto á la justicia y un bofetón á los muertos venerados. Esos Faulque llenaban el país perteneciente á los Guibray. ¿Cuál había sido el punto de partida de aquella fortuna? El robo, la rebelión y el asesinato. Tres crímenes. ¡Y el sol alumbraba semejantes iniquidades! Y él, Pedro de Guibray, relegado á su torre, se veía obligado á asistir á aquellos triunfos inmorales, á soportarlos, no pudiendo hacer otra cosa.

Cuando, á su regreso, Bertilla empujó con remo indolente su barca bajo los muros del viejo caserón, en su sombra, desde el fondo de una sala desmantelada, Pedro la amenazó con el puño. Si ella hubiese podido distinguir aquel gesto, se hubiese alegrado en demasía.

Pero cuando la barca hubo desaparecido detrás de los sauces, el joven, inconscientemente, echó de menos aquella visión perdida.

El también era de mentalidad compleja; él también detestaba una imagen que reconocía hermosa, que ya lo asediaba, desde las primeras horas, las ho-

ras breves, en que la había encontrado poco antes.

Entonces, merced á la lluvia, la lluvia lúgubre que inundaba las perspectivas, se puso á estudiar libros viejos, pergaminos amarillos, tratando de consolar á su orgullo herido en el presente con la comprobación de glorias retrospectivas.

Instalóse en el archivo, clasificó legajos por épocas, antes de profundizarlos, procedió con método para estudiar con certeza. Pronto adquirió la prueba de que la historia de su familia, dormida en aquel polvo, se remontaba al año 940, con el primer señor de Guibray, de San Martin, Vetheuil, Chante mele, Charence y otros lugares.

Aquel Sr. Alan de Guibray, ¿de dónde procedía? Allí empezaba el misterio. En su época, que era la de Luis IV de Ultramar, los normandos eran dueños del territorio. ¿Era él normando también? Es probable; y la casa debió edificarse como una fortaleza, punto de apoyo de los invasores; tenía mil años, como decía el tío Jaime: tenía derecho á ostentar arrugas en la frente.

Las actas de entonces estaban redactadas en latín y Guibray se hallaba inscrito en ellas con el nombre de Guybraius y con este calificativo: *Tenens*, en francés *le tenant*; es decir, el amo, el poseedor del país subyugado. Era el origen del nombre patronímico, origen altivo todavía. Este pergamino, el de fecha más antigua, encantaba á Pedro. Sintióse nuevamente orgulloso y levantó la cabeza; aquel suelo que pisaba, lo habían conquistado sus abuelos, y, para mantenerse en él y reinar en él por la fuerza, á falta de derecho, habían acumulado bloques y más bloques de pesada piedra, enlazándolos con hierro, hasta que la torre se elevase en el cielo; centinela formidable que atisbaba, por encima de las colinas, los movimientos de la tierra y los movimientos del río.

Nadie podía pasar á lo lejos ni hacer guñar su ojo aspillera, y la campana tocaba en seguida á sonar. Guarida de guerreros primitivos y salvajes, caverna de gigantes, fortaleza feudal, prisión, muros de insolencia, es verdad, pero también monumento de poderío y de gloria, en la época en que únicamente el valor y la fuerza decidían de los destinos.

¿Quién, más que el que lo había construido, podía jactarse de haber hecho obra duradera? ¿No era motivo de legítimo é intenso orgullo el reconocer la voluntad de un antepasado marcada aún al cabo de mil años en la tierra sometida? Y la mano, enguantada de hierro y empuñadura, inscrita en las armas de Guibray, ¿no tenía su justa razón de ser?

Después de Alino de Guibray venía su hijo, llamado Hugo, que terminó el edificio y aumentó el dominio en buenas tierras de labranza. Parecía hombre práctico, bastante pacífico y sedentario, amigo de vivir bien, sin moverse mucho. En vida suya se habían trazado, mucho antes de todo catastro, los planos del castillo y de sus dependencias; una exacta figuración, groseramente delineada, mostraba el monumento en su nuevo esplendor.

Pedro suspiró.

¡Ay! ¿Qué quedaba ahora de aquel conjunto formidable? Apenas la tercera parte de las construcciones; la torre del Norte había desaparecido, como hundida en la tierra; al Este, hacia el llano, toda una serie de murallas, trabajos de fortificación, una especie de campo atrincherado en la fortaleza misma, no era más que un recuerdo. Únicamente la torre del homenaje y sus tremendos contrafuertes, desafiando el Occidente, permanecían en su sitio, con la residencia señorial asentada bajo sus pesadas techumbres. Sin embargo, en el curso de las edades y generaciones, el aspecto primitivo de aquella morada se había modificado poco á poco. Se habían desplomado muros que no fueron nunca reconstruidos. Incuria, indolencia, inutilidad, en días diferentes; fuera por lo que fuese, á partir del siglo XVI la masa feudal había ya disminuído.

¡Ah, y el tío Jaime soñaba reconstituciones enteras y fieles! ¡Loco, rematadamente loco! Se hubieran necesitado mil años y millones de francos para restablecer el viejo castillo en su gloria virginal.

¿Y para qué?

¿De qué hubieran servido ahora aquellas defensas y aquellos muros macizos? ¿Para quién y contra quién, en las épocas de paz interior y de gendarmería?

Pedro bajó las espaldas; la tarea era demasiado pesada, imposible y vana.

Continuó su clasificación de documentos auténticos, deteniéndose de vez en cuando ante un pergamino que revelaba alguna historia.

Enteróse de este modo, en el curso de su investigación, de que sus buenos antepasados saquearon con frecuencia á sus vecinos más próximos, como se desprende de numerosos documentos. Tratados, concesiones, capitulaciones, cánones ó impuestos,

arrancados por medio de la violencia, se hallaban allí estipulados sin la menor vergüenza, y el origen de tales ventajas se explicaba en páginas anales, preciosamente conservadas.

Un señor de Guibray, un Gilberto, como el actual barón, buscó—sabe Dios por qué—querrela á su primo el señor de Rolleboise, hacia el año mil, de nefasta memoria; y sin preocuparse del fin del mundo, le despojó de sus bienes. A pesar de ser injusto é infiel, la crónica pretende que Dios le protegió.

Era un valiente hombre de guerra. Una noche partió solo, á la luz de la luna, á practicar un reconocimiento para enterarse de la posición y del número de los soldados de Rolleboise, armados para defenderse.

Pasaron años y años, sin que se tuviese nunca noticias de los diez caballeros.

Al fin, ya sin esperanza y creyendo que sus hijos habían muerto en su Tierra Santa, la baronesa Ana de Guibray de Clerence, que contaba entonces ochenta años de edad, prometió á Nuestra Señora elevarle una capilla en la cumbre del monte, si tenía á bien devolverle sus hijos, sin que faltase ninguno. Y esperó con nueva confianza.

Pocos días después, unos mensajeros, y luego el rumor popular, le anunciaron que los Sres. de Guibray, de vuelta en Francia, avanzaban hacia sus tierras.

A pesar de su edad, la alta y noble señora se hizo levantar á caballo, y seguida del pueblo, se fué al

todo el jugo. Pero adquirirían buenos modales, empezaban á instruirse, podían firmar las actas de explotación consentida por miedo y particularmente ventajosa para ellos.

De la misma manera aprobaban juicios sumarios y sentencias de muerte, con inesperados considerandos, que probaban la anchura de su conciencia.

Bajo su autoridad, solía tener graves consecuencias el pagar mal el diezmo ó tender un lazo en el bosque; el lazo se volvía fácilmente contra el que lo había puesto, y la ahorcadura de un hombre pagaba por la estrangulación de un conejo.

A pesar de todo, la raza prosperaba; se agregaban nuevas tierras á las tierras antiguas; y el castillo encerraba un número de arqueros y gentes de armas



A fin de ocupar sus horas lentas y ociosas, echó el anzuelo á los gubios

Con su pesada armadura trató de vadear el río por un sitio fangoso, cuyas aguas habían crecido merced á un aguacero reciente que además había removido el fondo; sucedió, pues, que el caballero Gilberto se hundió en el fango hasta la cintura. Miró al cielo y pidió misericordia. Estaba solo, de noche, en un lugar desierto.

Tan pronto como hubo mirado al cielo y pedido misericordia, una barca amarrada bajo los sauces se desamarró sola, por milagro, y se acercó á él, que se veía perdido. Guibray subió á la barca y ganó la orilla.

Al día siguiente, furioso de su aventura, al frente de los suyos atacó congruentemente á los de Rolleboise y los exterminó, empezando por su señor.

El historiador cándido que relataba estos hechos terminaba diciendo:

«Lo que prueba, hasta la evidencia, que Dios Nuestro Señor combatía con él y le velaba en todo, según las ocurrencias.»

—¡Amén!, gritó Pedro, algo menos convencido.

Había también otras leyendas, más hermosas, siempre en épocas demasiado remotas para no ser ignoradas.

Hay en el bosque, más arriba de San Martín, una capilla muy antigua, que subsiste en parte en la soledad de los matorrales; se llama *La Deseada*.

Pedro conocía su existencia, sin más datos, y en el archivo descubrió su origen, que aparecía en medio de una serie de fechorías.

El primer barón de Guibray, bajo el reinado del rey Santo, Luis IX, había dejado diez hijos, todos animosos y fuertes, caballeros temibles, dispuestos á todo por su fe. Estos siguieron al rey á Palestina, arrastrando con ellos la multitud de sus vasallos.

En el castillo quedaba su madre, ya anciana, que los había bendecido delante de las oriflamas el día de su partida.

encuentro de sus hijos. Y este encuentro tuvo efecto en el monte, en el sitio mismo en que ella había jurado erigir la capilla. Vió venir hacia ella la banda de sus hijos, con las armaduras abolladas por los golpes de los infieles.

Tiesa y silenciosa en su cabalgadura, con los ojos fijos, lo contó:

—¡Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, ocho, nueve, diez! ¡Gracias, Virgen María!

Se irguió, muy pálida; tendió los brazos, y murió de alegría, en presencia de sus hijos vivos.

Estos, creyentes robustos y respetuosos, edificaron en memoria de su venerada madre la capilla en el sitio indicado, y le pusieron por nombre *La Deseada*; monumento de deseo materno, de esperanza, de fe, de piedad familiar al mismo tiempo que de piedad religiosa.

Leyendo aquellas narraciones ingenuas, que evocaban la pureza de las bellas cualidades antiguas, Pedro lloró.

Y, en aquel momento, volvió á sentirse orgulloso de la sangre que corría por sus venas.

Después, sus impresiones no fueron tan buenas.

En efecto, no tardó en tropezar con figuras bastante odiosas. Los diezmos, los impuestos, cobrados por sus antepasados, le parecían exorbitantes; de seguro, aquellos señores, que contaban con la impunidad, no pasaban cuidado alguno por la miseria de los humildes. Exigían las nueve décimas partes de las cosechas, y recuperaban el resto en forma de prestaciones de trabajo, multas, cargas ú ofrendas agradables. Eran los buenos tiempos del feudalismo.

Luego, poco á poco, los Guibray se hacían menos bárbaros;—¿menos bárbaros?—No, simplemente menos groseros.

Porque si iban á París, si figuraban en la corte, no por esto oprimían menos á los siervos para sacarles

cada día más considerable; las cargas reales empezaban á distinguir aquella noble familia; Francisco I quiso hacer conde á su barón Luis de Guibray.

Este rehusó, «prefiriendo continuar tal como había nacido y considerándose tan noble como cualquier señor de Francia después del rey sagrado.»

El mismo Luis, aunque de gallardo aspecto, extendió al país con sus requisas.

El alma de los Guibray fué siempre compleja.

Durante el reinado de Enrique IV, su casa se hizo ilustre; esto tuvo por única causa la galantería del rey, pero el efecto quedó.

Existía entonces una baronesa, Catalina de Guibray de Chantemele, viuda de Tibaldo y maravillosamente animosa y bella.

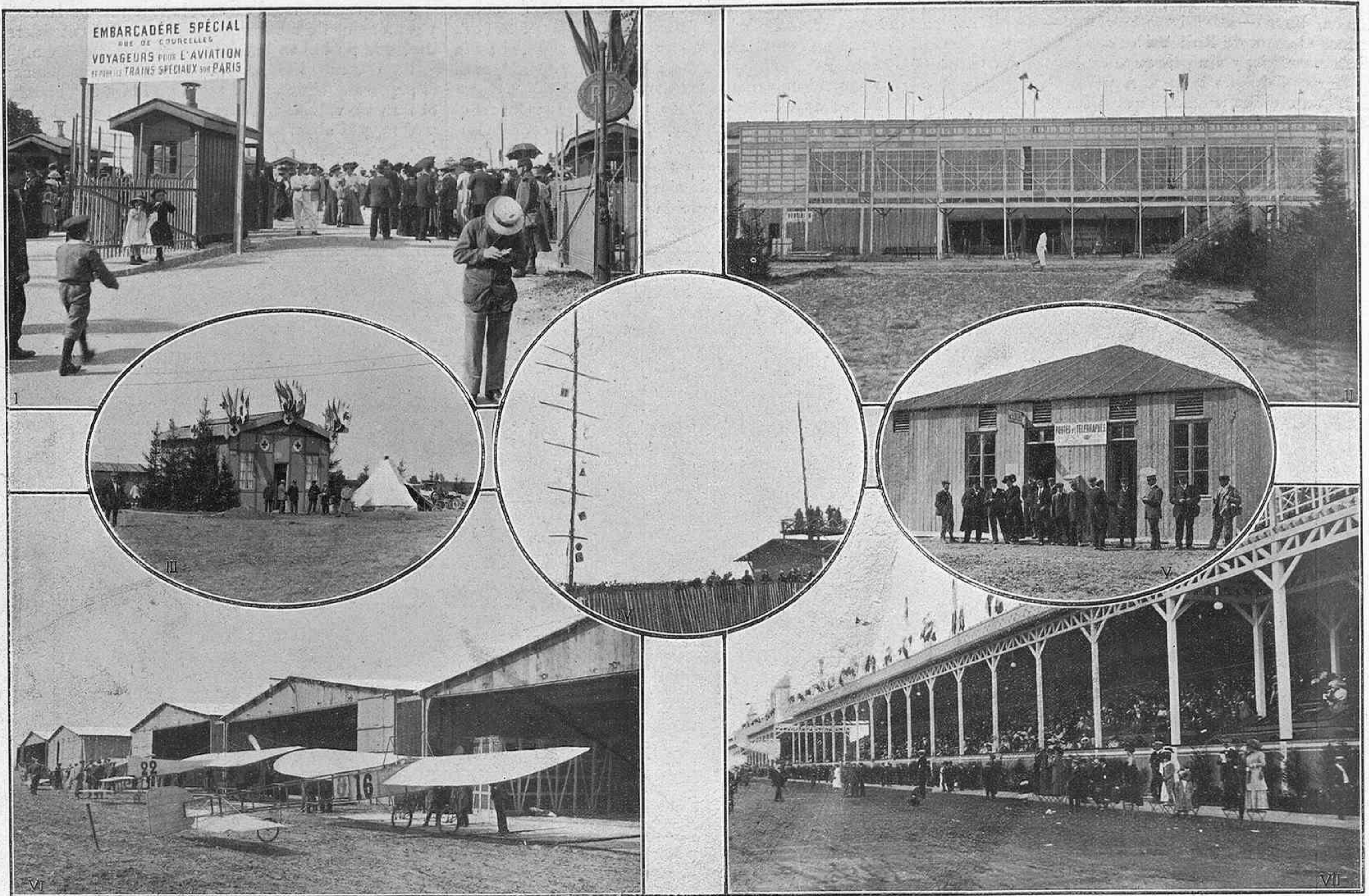
Cuando el rey hugonote marchó hacia París, á lo largo del Sena, detúvose un poco antes de llegar á Mantes, á causa de la ruda defensa que le opusieron los ribereños, sublevados en masa. El castillo de Guibray, hostil en el horizonte, le puso mal talante y le saludó á tiros de arcabuz. Establecido el sitio, duró varios días sin resultado; el pueblo se había fortificado también; hasta la iglesia construyó contrafuertes y muros.

Desde Moissons y Lavacourt, el rey Enrique ametralló la plaza, sin rendirla. Al contrario, ésta contestó devolviendo golpe por golpe.

Maravillado de tan dura resistencia, el príncipe quiso saber quién era el jefe que dirigía á los sitiados, y su admiración aumentó al enterarse de que el jefe era una mujer, la baronesa Catalina, reputada entre las beldades famosas. Galante mente, el rey levantó el sitio y dió la vuelta á la posición; pero había grabado en su memoria aquel nombre de Catalina de Guibray, y se acordó de la heroína más tarde, siendo ya rey de Francia, convertido y reconocido.

(Se continuará.)

LA GRAN SEMANA DE LA AVIACIÓN EN CHAMPAÑA



1. La estación de «Ville Aviation» en Reims. — 2. El cuadro marcador de la duración de los vuelos. — 3. El pabellón de la Cruz Roja. — 4. El punto del cronometraje. — 5. La estación de correos y telégrafos. — 6. Salida de los aeroplanos Bleriot, Leblanc y Delagrange de sus respectivos cobertizos. — 7. Vista de las tribunas durante las pruebas (De fotografías de Branger y World's Graphic Press.)

Cuando escribimos estas líneas no se conocen todavía los resultados definitivos de las distintas pruebas que constituyen el gran concurso de aviación de Champaña y que no terminarán hasta el 29. Por esta razón no publicamos en este número ningún grabado relativo á los ensayos provisionales, aplazando esta clase de información para el próximo, en que podremos hacerla más completa, y limitándonos hoy á reproducir algunas vistas de los lugares é instalaciones más interesantes del aeródromo de Betheny.

He aquí ahora los datos referentes á las tres primeras jornadas:

Día 22. *Pruebas eliminatorias francesas para la copa Gordon-Bennett*: Lefevre, en biplano Wright; Bleriot, en monoplano Bleriot; Latham, en monoplano «Antoinette». — *Premio de la velocidad* (primera prueba): Tissandier, en biplano Wright (30 kilómetros en 28 minutos, 59 ¹/₈ segundos); Lambert, en biplano Wright (29 minutos); Lefevre (29 minutos, 2 segundos); Paulhan, en biplano Voisin (32 minutos, 29 ⁴/₈ segundos). — *Premio de vuelta á la pista*, 10 kilómetros (primera prueba):

Lefevre, en biplano Wright (8 minutos, 58 ¹/₈ segundos), y Tissandier (9 minutos, 26 ¹/₈ segundos).

Día 23. *Gran premio de la Champaña y de la ciudad de Reims* (primera prueba): Paulhan (56 kilómetros); Lefevre (21 kilómetros). — *Premio de la vuelta*

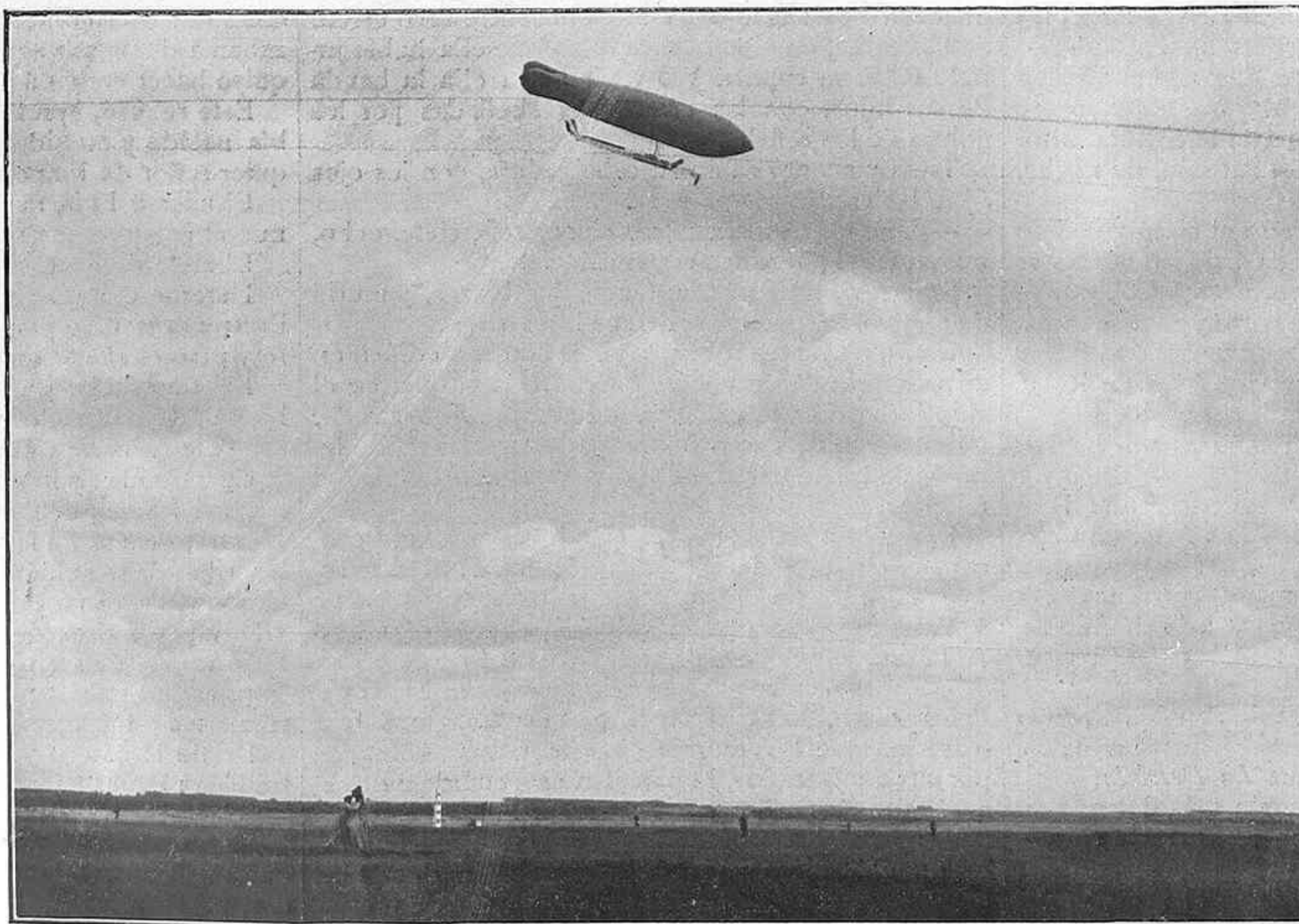
Día 24. *Premio de la velocidad* (segunda prueba): Latham (30 minutos, 2 segundos); Paulhan (38 minutos, 12 ³/₈ segundos). — *Premio de la vuelta á la pista* (tercera prueba): Bleriot (8 minutos, 4 ²/₈ segundos). En este vuelo Bleriot batió el record de la velocidad del mundo.

La concurrencia que ha acudido á Betheny ha sido tan numerosa como escogida, llenando por completo las espaciosas tribunas, que ofrecían un aspecto brillantísimo.

El día 24 estuvo en el aeródromo el presidente de la República, quien visitó los cobertizos en donde se guardan los aeroplanos y presenció algunas pruebas.

Una de las notas más pintorescas fué la aparición en los aires, mientras se efectuaban las pruebas del segundo día, del dirigible francés *Colonel Renard*, que ha de tomar parte en el concurso de aerostatos.

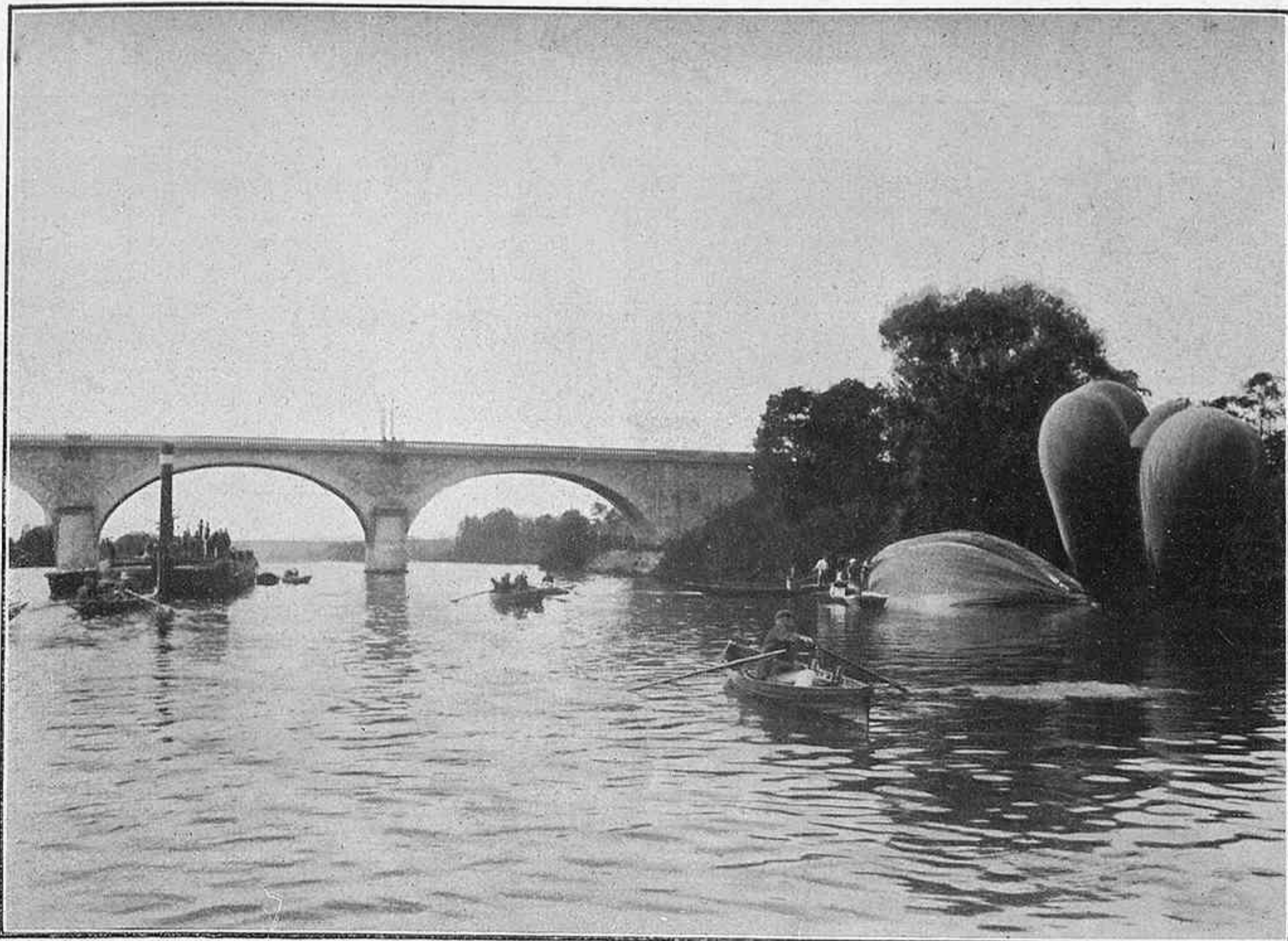
Magnífico sobre toda ponderación resultó el espectáculo del primer día, antes de comenzar las pruebas oficiales, cuando, después de unas horas de lluvia y de fuerte viento, doce aviadores á la vez emprendieron el vuelo, practicando en el aire las más difíciles evoluciones y describiendo las más graciosas y elegantes figuras. — S.



Llegada del dirigible francés «Colonel Renard» al aeródromo de Betheny (De fotografía de M. Rol.)

á la pista (segunda prueba): Curtiss, en biplano Herring Curtiss (8 minutos, 35 ³/₈ segundos); Bleriot (8 minutos, 42 ²/₈ segundos).

empredieron el vuelo, practicando en el aire las más difíciles evoluciones y describiendo las más graciosas y elegantes figuras. — S.

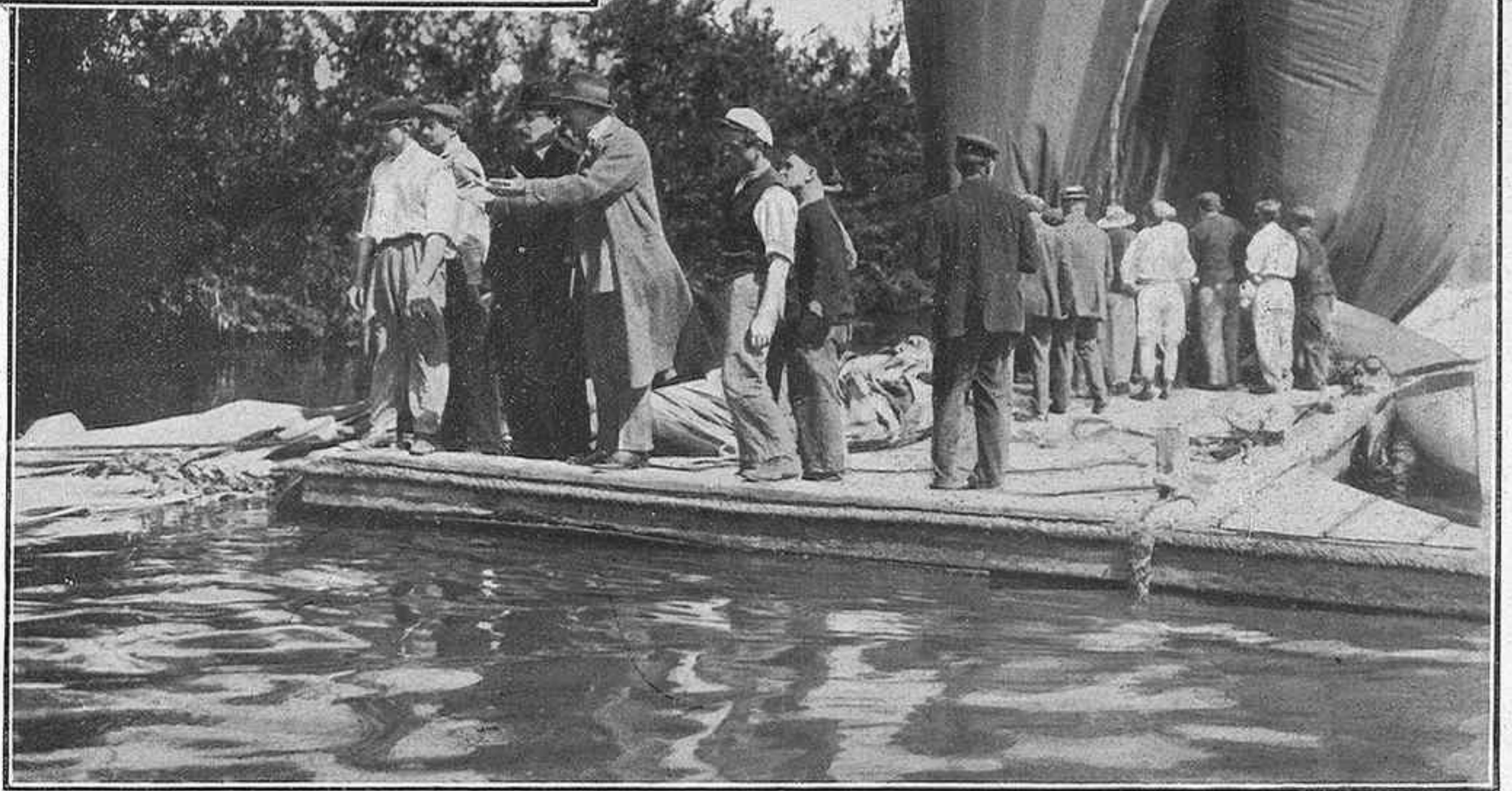


El dirigible francés «Clement-Bayard» en el Sena

PARÍS. - CAÍDA DEL GLOBO DIRIGIBLE FRANCÉS

«CLEMENT-BAYARD» EN EL SENA

Uno de los mejores dirigibles de la flota aérea francesa sufrió el día 23 de este mes un grave percance que, de momento, lo ha dejado inservible. El *Clement-Bayard*, adquirido por el gobierno ruso, realizaba la prueba oficial, consistente en elevarse á una altura de 1.200 á 1.500 metros y permanecer en ella durante una hora; había salido de su cobertizo á las seis y media de la mañana, y después de evolucionar admirablemente en el aire por espacio de tres horas, regresaba á su punto de partida y lanzaba sus dos *guide ropes*, de los que se apoderaron varios obreros, cuando una fuerte ráfaga de viento levantó el aparato. Los que sostenían las cuerdas fueron arrastrados algunos metros, y cuando desde el globo les gritaron que soltasen las amarras, muchos de ellos, en vez de aflojarlas simplemente, las abandonaron; el aeróstato entonces impelido por el viento marchó sin gobierno. Los aeronautas no tenían ya lastre y el motor se había parado por falta de esencia, por lo cual el piloto tiró de la cuerda de desgarrar y la envoltura del globo se partió en dos. Inmediatamente el globo comenzó á bajar empujado por el aire y atravesando la línea del ferrocarril por encima de los alambres telegráficos y el Sena; pero



El Sr. Charrón dirigiendo los trabajos de salvamento del «Clement-Bayard»
(De fotografías de M. Branger.)

una ráfaga contraria detuvo su marcha sacudiéndolo con gran fuerza, y el *Clement-Bayard* cayó en el río, por haber chocado la barquilla con un árbol. El coronel Nach, delegado del gobierno ruso para asistir á la prueba oficial; el Sr. Capazza, que dirigía

el globo, y el maquinista Dilasser ganaron á nado la orilla, mientras los obreros del cobertizo y los señores Clement y Charrón acudían apresuradamente al lugar del suceso, seguidos de gran número de curiosos.

Procedióse en seguida á deshenchir el aeróstato, y éste fué colocado sobre dos grandes lanchones; la barquilla, gracias al peso de los aparatos registradores y del formidable motor de 120 caballos, quedó en el fondo del agua. Al atardecer el aparato fué retirado del río.

El accidente sufrido por el *Clement Bayard* ha sido muy sentido por los parisienses, que tantas veces le habían visto cruzar por encima de la capital.

A pesar de todo, el coronel Nach conserva toda su confianza en el maravilloso aparato que iba á adquirir para el ejército ruso y que en la prueba, tan desgraciadamente terminada, había cumplido con exceso todas las condiciones exigidas. «Habíamos hecho una ascensión magnífica, dijo el maquinista, batiendo el record de la altura, puesto que nos ha-

bíamos elevado á 1.500 metros y maniobrado á una altitud media de 1.300.»

Los constructores esperan que las averías del *Clement-Bayard* podrán quedar reparadas dentro de quince días.

VÍCTIMAS DE LA DESGRACIA

El que quiera poseer los secretos del amor, que la mala estrella le deje, ganar en juego y loterías, destruir ó echar un hado, aplastar á sus enemigos, tener suerte, riqueza, salud, belleza y dicha, escriba al mago Moorys's, 19, rue Mazagran, París, que envía gratis su curioso librito.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el. El mas activo y economico, el unico Inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

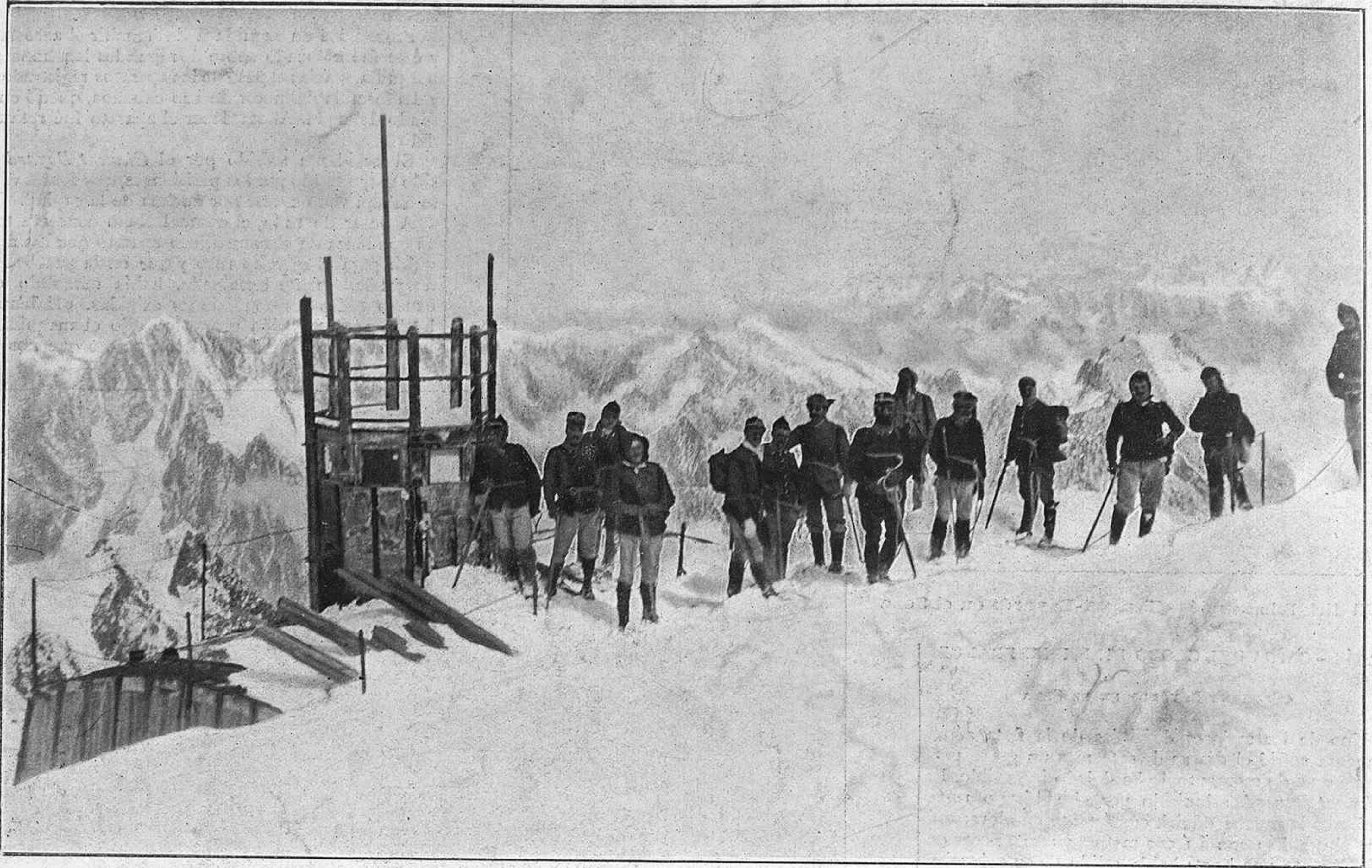
ROB
BOYVEAU - LAFFECTEUR
* Célebre Depurativo Vegetal *
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, Acne.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO
H. FERRÉ, BLOTTIÈRE & C^{ia}, 102, R. Richelieu, Paris.
Todas Farmacias.

Historia general del Arte
Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos
Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. - Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.
MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las **Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos**, de los **Reumatismos, Dolores, Lumbagos**, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

DICCIONARIO de las lenguas española y francesa comparadas
Redactado con presencia de los de las Academias Española y Francesa, *Bescherelle, Littré, Salvá* y los últimamente publicados, por D. NEMESIO FERNÁNDEZ CUESTA. - Contiene la significación de todas las palabras de ambas lenguas; voces antiguas; neologismos; etimologías; términos de ciencias, artes y oficios; frases, proverbios, refranes é idiotismos, así como el uso familiar de las voces y la pronunciación figurada. - Cuatro tomos: 55 pesetas.
Montaner y Simón, editores. - Aragón, 255, BARCELONA

LA DESAPARICIÓN DEL OBSERVATORIO JANSSEN DEL MONT-BLANC



Vista del Observatorio medio sepultado por la nieve. (De fotografía de Carlos Trampus.)

El famoso observatorio refugio que el célebre astrónomo Janssen hizo construir en la cima del Mont-Blanc ha sido recientemente demolido, para evitar que quedase enteramente sepultado bajo la nieve, y los aparatos que contenía han sido transportados al Observatorio Vallot, situado en la misma montaña, en el lugar llamado Peñas Rojas, á 4.350 metros de altitud.

El doctor Janssen, después de una ascensión efectuada en 1890, decidió levantar allí aquel edificio á fin de estudiar, en las mejores condiciones, la composición química de la envoltura gaseosa solar, é inmediatamente los ingenieros Sres. Eiffel é Imfeld practicaron los sondeos necesarios para encontrar una base sólida sobre la cual cimentar la

construcción. Los resultados de estas investigaciones no fueron del todo favorables, no obstante lo cual el doctor Janssen dispuso que su proyecto se llevara adelante; y en Meudón se construyó pieza por pieza el edificio que, no sin tener que vencer grandes dificultades, fué transportado y erigido en la cumbre de aquella montaña, quedando definitivamente instalado en 1892. Pero sucedió lo que el director del otro observatorio antes citado, el Sr. Vallot, había previsto: con la disgregación de las capas inferiores del inmenso ventisquero que cubre el Mont-Blanc, el Observatorio Janssen fué hundiéndose paulatinamente, hasta el punto de que en el presente año casi había desaparecido del todo. En vista de ello decidióse su demolición, que se ha efectuado hace pocas semanas.

Data de 1849 Paris

PUREZA DEL CUTIS

— LAIT ANTÉPÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

Casa CANDES B^o G. Denis, 46

AVISO Á LAS SEÑORAS

EL ANIOL DE LOS SEÑORES

JORET HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^o G. SEGUIN — PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
EXIGIR LA SIGNATURE

de BLANCARD

APROBADAS
por la
Academia
de
MEDICINA

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & C^o, 40, R. Bonaparte, Paris.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILVORE. DUSSEY, 4, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN